

VIII

DESCRIPCIÓN DEL VALLE DE SAN ANTONIO •
GRAN VARIEDAD DE VIDA ANIMAL •
LAS MARCGRAVIAS DE FLORES CON RECEPTÁCULOS •
FLORES FERTILIZADAS POR COLIBRÍES •
FERTILIZACIÓN POR INSECTOS •
PREVENCIÓN DE ALGUNAS FLORES PARA EVITAR
QUE CIERTOS INSECTOS, NO ADAPTADOS A ACARREAR POLEN,
VISITEN LOS NECTARIOS •
RELATOS SOBRE LAS AVISPAS • EL BAÑO DE LOS COLIBRÍES •
MIRIÁPODOS SINGULARES •
ASCENSO AL PEÑA BLANCA • TAPIRES Y JAGUARES •
CUMBRE DEL PEÑA BLANCA



AL NORTE DE SANTO DOMINGO, en dirección opuesta a la casa, se desprende una cañada llamada Valle de San Antonio. Esta cañada intercepta todas las vetas que trabajamos; la recorre una carrilera que mandé a construir valle arriba, hasta San Benito, la mina situada más al norte, y que sirve para acarrear su mineral hasta el sitio de trituración y traer la madera para combustible de las máquinas de vapor. Al poco tiempo habíamos talado el bosque de la parte baja del valle, que vino a ser reemplazado por un denso matorral o bosque de rebrote, cruzado por numerosos senderos abiertos por los leñadores.

Diariamente ascendía por este valle, visitando las minas, o iba por las tardes, al finalizar sus labores los mineros, o los sábados, después de las dos de la tarde, una vez que el trabajo se había suspendido. También acostumbraba hacer mis paseos favoritos los domingos, siguiendo la carrilera despejada, en busca de insectos o pájaros que reclamaban incesantemente mi atención, refugiándome en los túneles, galerías y cobertizos para protegerme de los repentinos aguaceros.

Yo mismo planeé la construcción de la carrilera, cuya parte más elevada medí y nivelé. Mis visitas casi diarias al lugar, me familiarizaron con cada matorral, tronco caído a las orillas y vuelta de la quebrada, clara y fría, que desciende vocinglera contra las rocas, aprestándose al encuentro de las máquinas, donde perderá su original pureza, enlodada por la incesante búsqueda del oro.

Las laderas del valle se levantan verticalmente y una maravillosa vista se contempla desde la carrilera, en medio de las matas y arbustos que, aunque crecen a ambos lados, no alcanzan a ocultar con su fronda las delicias del paisaje, como sucede con los senderos en medio de la selva. Los insectos abundaban por ese camino; en algunas partes los escarabajos-tigres, de color café, corrían y volaban con gran rapidez, mientras que en otras los zompos, transportando sus cargamentos foliosos en interminables rutas, parecían mariposas verdes, con los pedazos de hojas verticales, o una representación mímica del bosque de Birnam en movimiento.

Algunas veces el gorjeo de pájaros formicáridos⁷⁴ atraía mi atención hacia un gran cúmulo de hormigas guerradoras, que estaban alimentándose entre los troncos caídos, de donde salían arañas, cucarachas y saltamontes, sólo para ser atrapados por los pájaros al acecho. Sobre estas ramas y troncos colecté muchos escarabajos longicornios; los leñadores me traían más, y en este valle obtuve algunos de los más raros y más apreciados especímenes para mi colección.

⁷⁴ *Formicarius analis* (NT)

Durante la estación seca se encuentran grandes escarabajos entre las flores de ciertos arbustos que parecen mirtos. Me sorprendió descubrir, en dos ocasiones, una chinche verde y café *Pentatomia punicea*, succionando los jugos de los escarabajos muertos, ya que la chinche tiene patas endeblés y el escarabajo es dos veces mayor y más pesado, además de activo y de vuelo rápido; lo único que se me ocurre para explicar cómo cayó víctima de la chinche, es que ésta aprovecha, cuando el escarabajo duerme, para trepar sobre su cuerpo e inyectarle entre los anillos un veneno estupefaciente por medio de su aguda proboscis. En las dos oportunidades de que fui testigo, observé que la chinche, apoyada sobre la hoja de un arbusto, tenía suspendido al voluminoso escarabajo de su proboscis. Otras especies de chinches también inyectan fluidos venenosos. Una que vive en la selva, de color negro y rojo, introduce su filosa proboscis en la piel cuando se le coloca en la mano, produciendo un dolor peor que el piquete de una avispa.

Entre los matorrales se encuentra siempre el "sargento" *Rhamphocoelus passerinii* (Bp.), de bello plumaje negro y escarlata, así como otra especie más rara, *R. sanguinolentus* (Less).⁷⁵ Volando sociablemente junto con éstos, se observa un pájaro cafesuzco de pecho y coronilla rojizos, *Phoenicotherapis fusicauda* (Cab.);⁷⁶ mientras que, rondando entre los árboles bajos de los alrededores, suele verse al caer la tarde un gavián café, que vigila a los bulliciosos pájaros, listo para abalanzarse cuando la oportunidad se le presente.

En la parte más elevada del valle y ahí donde los árboles se han respetado, se localizan pequeñas bandadas de otros pájaros; entre ellos uno verde de cabeza roja, *Calliste laviniae* (Cass.); otro de bello plumaje negro, azul y amarillo; este último color también en la cabeza, *Calliste larvata* (Du Bus),⁷⁷ y un tercero verde

⁷⁵ *Phlogothraupis sanguinolenta*, llamado "Sangrecresto" en la vertiente del Caribe (NT)

⁷⁶ *Habia fusicauda*, es la tanagra-hormiguera de cola oscura (NT)

⁷⁷ La *Tangara larvata*, o tangara de máscara dorada, así como la *Tangara lavinia*, de alas rojizas, son exclusivas de la vertiente del Caribe (NT)

brillante de cabeza negra, *Cholorophanes guatemalensis*.⁷⁸

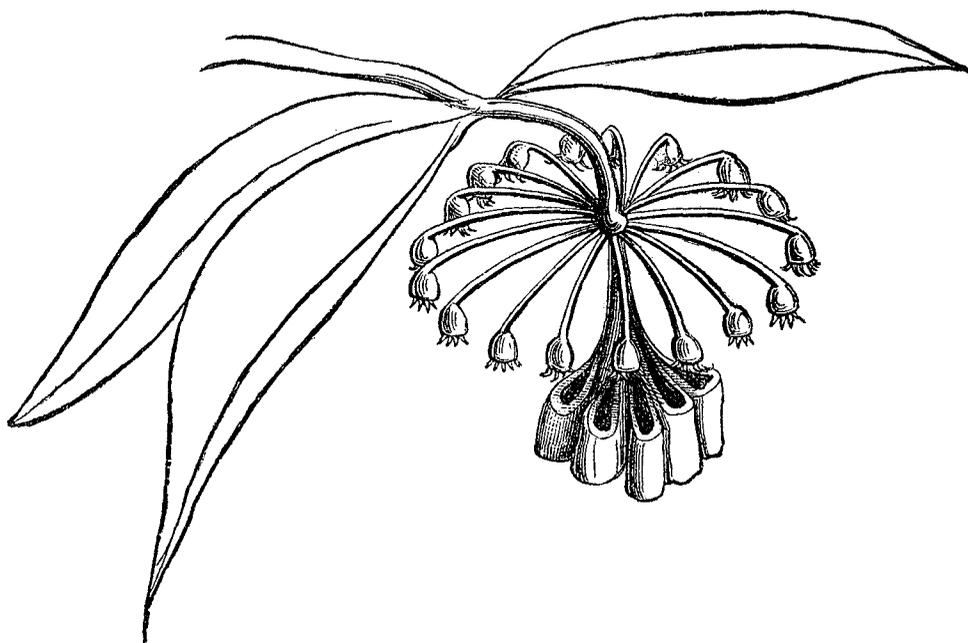
Estos y otros muchos pájaros acostumbran visitar una planta, la *Marcgravia nepenthoides*. Las flores de esta elevada trepadora cuelgan expandidas, en círculo, como un candelabro invertido. Del centro del círculo se encuentran suspendidos unos receptáculos, que producen un néctar dulce, cuando las flores se abren en febrero y marzo. Este néctar atrae a insectos y a numerosos pájaros insectívoros, como las especies atrás mencionadas, y a muchos colibríes. Las flores se encuentran dispuestas en tal forma, con sus estambres hacia abajo, que los pájaros que vuelan a los receptáculos nectíferos pasan restregándolos y de este modo transfieren el polen de una planta a otra.

Una segunda especie de *Marcgravia* que encontré en las selvas alrededor de Santo Domingo, tiene los receptáculos junto a los pedicelios de las flores, obligando a los pájaros a aproximarse por encima, y como en esta especie las flores están volteadas hacia arriba, el polen resulta restregado contra el pecho de las aves.

En las latitudes de la zona templada tenemos muchas flores fertilizadas por insectos, atraídos por nectarios cargados de miel; y en la América tropical no solamente las abejas, papalotes y otros insectos grandes, llevan el polen de una flor a otra, sino que muchas flores como la *Marcgravia* tienen adaptaciones especiales para procurarse la asistencia de pequeños pájaros, en particular colibríes. Un ejemplo es el “palosable,” una especie de *Erithrina*,⁷⁹ arbusto de flores rojas que crece en este valle cerca de la quebrada y que a menudo llamaba mi atención. Sus flores consisten de un simple pétalo, doblado, aplanado y de aspecto carnoso, cerrado, excepto por un pequeño agujero sobre el filo, por donde asoman los estambres. Solamente diminutos insectos pueden penetrar en la flor, que segrega un fluido en su base, semejante a la miel. Dos colibríes de pico largo frecuentan esta flor:

⁷⁸ *Cholorophanes spiza*, es el “mielero verde ” (NT)

⁷⁹ Más conocida en Nicaragua como “Elequeme de machetillo ” (NT)



Flor de la *Marcgravia nepenthoides*

uno el *Heliomaster pallidiceps* (Gould), que ya he mencionado, es más bien raro; al otro, *Phaethornis longirostris* (De Latt.),⁸⁰ se le ve siempre que el árbol está florecido, si se le espía por unos pocos minutos. Es de un plumaje café moteado por encima, pálido abajo y las dos plumas centrales de la cola son mucho más largas que las laterales. El pico es muy largo y encorvado, lo que permite al pájaro libar fácilmente en la alargada flor, y “pepenar” con su lengua extensible y partida los diminutos insectos atrapados en el fondo de la flor tubular, ya que la única salida la cierra el pájaro con su pico. Mientras el colibrí liba en la flor, el polen de los estambres es restregado contra la parte baja de su

⁸⁰ *Phaethornis superciliosus*, o Ermitaño de cola larga (NT)

cabeza, gracias a lo cual puede ser transportado de una flor a otra. El fondo de la flor está protegido externamente por un cáliz carnoso pero espeso, artificio efectivo para evitar que las abejas o avispas lo perforen para extraer el néctar. Los colibríes se alimentan de diminutos insectos y el néctar sería desperdiciado si los insectos mayores lograsen penetrar en la flor; en el caso del “palosable” esta contingencia es imposible.



Flor de palosable o “machetillo”

Ciertas flores tienen dispositivos para evitar que los insectos no requeridos tengan acceso a los nectarios. Entre nuestras flores inglesas abundan los casos, limitándome a describir la fertilización de una de ellas, la digital común, por tratarse de un caso muy sencillo para llamar la atención de todos los amantes de la naturaleza, hacia un aspecto en el que Darwin y otros naturalistas han arrojado abundante luz en los últimos años: el polen de la digital, *Digitalis purpurea*, es transportado por un abejorro, quien mejor que las abejas de colmena, “que aprovechan cada hora del día,” merece ser considerado modelo de industria perseverante, ya que no sólo aprovecha las horas de sol, sino también las nubladas y aún lluviosas; y mucho antes de que la abeja traspase sus puertas, el abejorro se encuentra afanoso trabajando entre las flores. Su monótono zumbido cambia a un chasquido delator cuando roba el néctar de las florescencias.

Los racimos de las flores moradas y acampanadas que cuelgan de la digital son metódicamente visitados por los abejorros,

comenzando con las flores más bajas y continuando en sucesión hasta las más altas. Los cuatro estambres y el pistilo se agrupan en la parte superior de cada flor, abriendo aquellas sus anteras, en forma alternada, para dejar el polen a la vista. La punta bífida del pistilo se abre, exponiendo su viscoso estigma hasta que todo el polen ha sido restregado contra la piel pilosa del abejorro. Terminada la operación con las flores superiores de un racimo, el abejorro vuela, transportando el polen, a las flores inferiores de un segundo, cuyo estigma viscoso se encuentra abierto y listo para recibirlo. Si el insecto volara directo a las flores superiores del nuevo racimo y descendiera paulatinamente hasta las de abajo, la entera economía de la planta, para asegurar la polinización cruzada, quedaría trastornada.⁸¹

Otra característica de la flor de la digital es que cuelga hacia abajo; sin embargo la parte dilatada de la corola, se encuentra volteada hacia fuera y presenta unos pelos rígidos distribuidos sobre su superficie. Esta parte cuelga internamente formando una superficie perpendicular lisa y de brillo perlado. Los grandes abejorros penetran con gran facilidad, apoyándose de los pelos mientras succionan el néctar; mientras que a las abejas pequeñas, se les impide entrar y, si logran hacerlo, tras desmedidos esfuerzos, es sólo para resbalar por la superficie perlada, resultando completamente frustradas. Pasé el otoño de 1857 en Gales del Norte, donde la digital abundaba, vigilando las flores durante toda la estación, y comprobé que solamente una abejita logró penetrar, a pesar de que muchas trataron en vano de abrirse paso hasta los nectarios.

En los últimos años los naturalistas han puesto gran atención en los ingeniosos artificios que poseen las flores para asegurar la fertilización cruzada, pero mi opinión es que en muchas de ellas estas estructuras no pueden comprenderse, si se consideran

⁸¹ Darwin menciona haber observado abejorros visitando las espigas en floración de la *Spiranthes autumnalis*, advirtiendo que éstos comienzan siempre con las flores de abajo y suben espiralmente succionando una flor tras otra, y demostró como este procedimiento aseguraba la fertilización cruzada de diferentes plantas *Fertilization of Orchids*, p.127

solamente las adaptaciones que aseguran las atenciones de los insectos, y de los pájaros, sino que además deben tenerse en cuenta los artificios que previenen e impiden el acceso al néctar a los insectos no apropiados. De este modo la inmensa longitud del nectario de la *Angræcum sesquipedale* de Madagascar, podría explicarla satisfactoriamente Wallace,⁸² si atendiera a esta observación.

Volviendo a la narración, en algunas partes la carrilera pasaba sobre terreno levantado, mientras que en otras lo hacía sobre cortes excavados lateralmente. Frecuentan las pendientes arcillosas y casi perpendiculares de estos cortes muchas clases de avispas, que excavan en ellos agujeros redondos, del diámetro de sus propios cuerpos, donde almacenan arañas, saltamontes, tábanos, etc., que paralizan con su ponzoña. Sobre estos restos ponen sus huevos y al empollar, las larvas blancas se alimentan de las pobres víctimas. Cierta día descubrí cazando a una pequeña avispa bandeada, negra y amarilla, *Pompilus polistoides*. Fingía lanzarse sobre una araña, ubicada en el centro de la tela, con el propósito de asustarla y sacarla del tejido, hasta que finalmente lo logró, pues la araña cayó al suelo donde inmediatamente la picó y la capturó. A continuación la arrastró hacia una rama que tocaba el suelo, trepó a suficiente altura, desde donde se lanzó en vuelo llevándose a su presa. Era tan pequeña la avispa y tan pesada la araña, que probablemente no hubiera levantado el vuelo desde el suelo.

Por todo el mundo existen ejemplos de avispas que acarrear arañas al nido para alimento de sus crías. En Australia fui testigo del combate entre una avispa y una gran araña chata, que se encuentra en la corteza de los árboles. Esta se dejaba caer al suelo y acostada sobre sus espaldas se aprestaba a coger a su oponente, pero siempre la avispa salía victoriosa, aunque no en todos los casos podía arrastrar a su presa. Otro día, sentado sobre las riberas arenosas de la bahía de Hobson, descubrí una avispa

⁸² *Natural Selection* de A R Wallace, p 272

arrastrando a una araña grande. A unas tres o cuatro pulgadas arriba y un poco atrás revoloteaban dos mosquitas, que la seguían. La avispa parecía perturbada por la presencia de las moscas, y en dos ocasiones, abandonando la presa, se abalanzó sobre las intrusas, quienes se alejaron rápidamente, sólo para regresar cuando la avispa volvió a ocuparse de su presa. Al fin, incapaz de deshacerse de sus pequeñas atormentadoras, llegó a su agujero, introduciendo en él a la víctima, pero las mosquitas permanecieron vigilantes a la entrada, esperando, tal vez, que la avispa se fuera en busca de otra araña, para entrar y poner sus propios huevos en el nido.

Hay gran variedad de avispas, como de otros insectos, en los alrededores de Santo Domingo. Muchas constrúan sus avisperos de consistencia de papel, debajo de las hojas grandes. Otras colgaban panales en los corredores de las casas y bajo los aleros. Una especie grande y negra abunda especialmente en las habitaciones y muchas personas resultan picadas por ella. También construyen sus nidos pendientes entre los naranjos y limoneros, impidiendo la recolección de las frutas. Por fortuna su vuelo es pesado y pueden ser bajadas de golpe y evadidos sus ataques. Son sin embargo beneficiosas en los jardines por capturar orugas, para el alimento de sus crías, a las que persiguen sin descanso. Otra especie, con bandas café y amarillentas, *Polistes carnifex*, presenta hábitos similares, no siendo tan común. En el relato de los hábitos de las avispas areneras de Santarem, en el Amazonas, Bates nos habla de la interesante forma en que estas avispas vuelan varias veces en torno del agujero elegido en la arena, con el propósito de fijar bien su posición y reconocerlo una vez que regresan de su cacería por la selva, donde capturan mosquitos. Dicho autor apunta que tal precaución pudiera atribuirse al instinto, no como un misterioso e ininteligible agente, sino como un proceso mental propio de cada individuo, que en el hombre difiere sólo por su inequívoca certeza.⁸³ Tuve oportu-

⁸³ *The Naturalist on the Amazon*, p 222.

nidad de confirmar esta costumbre en esas avispas, que perdieron la localidad a la cual deseaban regresar y no pude encontrar ejemplo más similar con el hombre que desea identificar un lugar que no se descubre fácilmente y de cuya posición no ha tenido jamás experiencia.

Un día una especie de *Polistes carnifex* cazaba orugas en mi jardín. Una de éstas, de una pulgada de largo, estaba a la vista sobre la punta de un varejón. La avispa la capturó inmediatamente y comenzó a picarla de la cabeza a la cola, reduciendo pronto el blando cuerpo a una masa pulposa. A continuación enrolló la mitad como una bola y se dispuso a cargarla, pero antes de emprender el vuelo tomó nota del lugar donde dejaba la otra mitad, usando como referencia una enredadera de delicadas hojas que crecían en profusión. Para hacer esto revoloteó sobre ellas por pocos segundos, primero en pequeños círculos frente a la planta, después en amplios circuitos en su torno, alejándose para regresar de nuevo y mirar por última vez hacia el denso follaje de la enredadera, donde quedaba la otra mitad de la oruga.

A continuación se fue, quizás a dejar su cargamento para distribuirlo entre sus camaradas, pero regresó a los dos minutos y haciendo un círculo en torno del matorral, descendió por una abertura, aterrizando sobre una hoja y penetrando al interior. Desgraciadamente el otro pedazo de la oruga se encontraba sobre una hoja distinta a aquella donde se había posado la avispa, que pareció estar perdida y sin esperanza entre el denso follaje. Saliendo de nuevo a luz, describió otro círculo y volvió a entrar en el mismo matorral, saliendo por el lado opuesto. Tres pequeñas vainas, cargadas de semillas, que crecían juntas, eran la marca que yo mismo había escogido para determinar el punto exacto y que también parecía la referencia tomada por la avispa, pues voló hacia la vaina, recorriéndola internamente; pero como la hoja donde descansaba el fragmento no conectaba con ellas, la avispa volvió a perder la pista y tuvo que salir para repetir el vuelo de reconocimiento una y otra vez. Siempre que revoloteaba al llegar frente a las vainas se lanzaba hacia la masa y aterrizaba

cerca de ellas, recomenzando sus indagaciones. Estaba atónito ante su perseverancia y de mi parte hubiera renunciado al intento; pero ella insistió una media docena de veces más con cierto aire de disgusto, inquieta y con sus alas vibrando, hasta que por fin descubrió la presa; se abalanzó ansiosa sobre ella, y sin esperar más voló directo al avispero. Tal acción no puede ser el resultado de un instinto ciego, sino de una mente pensante; y es maravilloso que un insecto, de una anatomía diferente, use un proceso mental similar al del hombre. Resulta muy sugestiva la posibilidad de que muchas de las acciones de los insectos, que atribuimos al instinto, no sean sino el resultado de sus poderes de razonamiento.

Al terminar la carrilera en la mina de San Benito, el valle se estrecha notablemente y la quebrada, excepto en la época de inundación, queda reducida a un pequeño riachuelo. Un tosco sendero, abierto por los mineros para llevar madera, continúa arriba de este riachuelo, cruzándolo numerosas veces.

Los lados del valle son muy empinados y se encuentran poblados con árboles y matorrales. El follaje hace arcos encima de la corriente, formando pequeñas cañadas, salpicadas por charcas de agua clara. Una de éstas era el sitio favorito de los colibríes que bajan allí a bañarse, porque estos pajaritos, como gemas, acostumbran tomar abluciones. Estuve media hora, en varias tardes, vigilándolos, recostado contra un leño caído y cruzado sobre el riachuelo, a unas cuatro o cinco yardas de una de las charcas. A cualquier hora del día los colibríes acostumbran bajar, pero es durante el corto crepúsculo cuando hay una congregación de bañistas, y a menudo se cuentan dos o tres revoloteando simultáneamente sobre la charca, de unos tres pies de diámetro, haciendo continuas inmersiones. Algunos esperan que las sombras de la noche se tornen más densas para acicalarse, a tal punto que era difícil distinguirlos desde mi palco. Tres especies frecuentan con regularidad el charco y otras tres aparecen ocasionalmente. El más común es el *Thalurania venusta* (Gould),⁸⁴ especie en la cual el macho

es un bello pájaro; la frente y las espaldas de reflejos morados; la garganta de suave verde oscuro. Era todo un espectáculo observar al pajarito suspendido sobre el charco, girando de un lado a otro por las repentinas sacudidas de su cola, mostrando unas veces la garganta de destellos esmeraldas, otras sus espaldas de deslumbrante amatista; a continuación se zambullía rápidamente en el agua y resurgía de inmediato, salpicando con agua los alrededores al temblor de sus alas, para después posarse sobre una ramita donde secaba y peinaba sus alas.

Todos los colibríes se bañan mientras vuelan, zambulléndose dos o tres veces y revoloteando a unas tres pulgadas de la superficie del agua. Algunas veces, cuando la especie mencionada se encuentra suspendida sobre el agua, vibrando sus alas rápidamente como una delicada membrana, una mancha repentina cruza por el valle, rápida como una flecha y tan blanca como un copo de nieve; se detiene repentinamente sobre la charca, espantando al colibrí de garganta esmeralda, que huye hacia las ramas vecinas. El intruso es el Capelo Nevado, *Microchera parvirostris* (Lawr.),⁸⁵ el más pequeño entre las trece especies de colibríes de los alrededores de Santo Domingo, pues mide poco más de dos pulgadas y media de longitud, incluyendo el pico. A pesar de su tamaño es muy pendenciero y lo he visto ahuyentar a pájaros más grandes de un árbol florido. Su cuerpo es rojo púrpura, con reflejos verdosos, la frente plana y blanco perla, y cuando vuela en dirección del observador sólo la cabeza blanca se ve. Algunas veces el colibrí de garganta verde se queda donde está y entonces es cómico observarlos; revolotean sobre el agua, moviéndose el uno junto al otro, sin apartar la vista del sospechoso; el uno conteniendo el deseo de zambullirse ante el miedo de que el otro tome ventaja, haciendo alguna travesura mientras su compañero está bajo el agua, aunque nunca comprendí la razón de tanta desconfianza, ya que ninguno se despoja

⁸⁴ *Thalurania colombica* o ninfa del bosque de corona azul (NT)

⁸⁵ *Microchera albo-coronata* (NT)

de la ropa, que pudiera ser robada por el otro. He visto bañistas humanos proceder como los colibríes, aunque por razones diferentes, metiéndose en el agua pero sin sumergir la cabeza y lo cómico está en la similitud que tal acción tiene con las ridículas actitudes de ciertos animales. La disputa terminaba generalmente cuando el garganta verde cedía y dejaba el campo libre al belicoso y pequeño capelo nevado.

Además de estos colibríes también se encuentran cuatro o cinco más pequeños llamados “chilladores,” pues tienen como hábito posarse quietamente sobre las ramas la mayor parte del día, emitiendo de vez en cuando uno o dos chirridos. Al principio pensé que tales sonidos provenían de insectos, pues se parecen a los del grillo, sin ser tan continuos. Poco después pude reconocer y diferenciar las notas de diversas especies y percatarme de que las selvas están llenas de colibríes, difíciles de advertir cuando se posan y cuando vuelan, pues lo hacen sobre las copas de los árboles floridos donde son aún más difíciles de percibir. He escuchado en ciertas ocasiones los diferentes chirridos de más de una docena de individuos, sin poder distinguir ninguno, ya que parecen manchas café entre las ramas, pues los colores metálicos no se advierten desde abajo, y el sonido de sus chirridos—o más bien chillidos—es de lo más engañoso sobre la dirección y a la distancia del que los escucha. Mi conclusión fue, después de reconocer sus voces en la selva, que los colibríes de Santo Domingo, igualan, si no superan, en número a todo el resto de los pájaros que viven en dicho lugar. A pesar de eso se puede cabalgar por horas sin ver a ninguno. Construyen sus nidos entre los arbustos bajos, a menudo en ramas que se inclinan sobre los caminos, o debajo de las grandes hojas de las pequeñas palmeras. Son pajarritos osados; permiten que uno se les acerque a distancia de unas dos o tres yardas. Su valor se debe probablemente a la confianza que tienen en su vuelo rápido para escapar de sus enemigos. He notado, entre las mariposas, que las de vuelo rápido y sostenido, como las *Hesperidæ*, también permiten que uno se les aproxime con la seguridad de que pueden alejarse rápidamente al primer

peligro que las amenace, confianza por demás excesiva en lo que concierne a la red del colector.

Plantamos tres acres de zacate, en los flancos del valle, al final de la carrilera cerca de la entrada a la mina de Santo Domingo. Durante la limpieza del matorral y la remoción de los leños salieron a luz muchos escarabajos, alacranes y ciempiés. Entre estos últimos encontré una curiosa especie, que pertenece a la división suctoria de los Miriápodos (*Sugantia*, de Brant), y que posee un método muy singular para capturar presas. De tres pulgadas de largo y lento en sus movimientos, presenta una boca tubular, capaz de descargar un fluido viscoso, a una distancia de unas tres pulgadas, que se endurece en contacto con el aire hasta la consistencia de una telaraña, pero de mayor resistencia. Con esta baba solidificada puede envolver y capturar la presa, de la misma manera como un cazador atrapa un pájaro con su red.

Los taxonomistas ubican al orden de los miriápodos en la base de la clase de los insectos.⁸⁶ Los miriápodos suctorios se encuentran entre las formas más inferiores de ese orden, y llama la atención que pese a su organización elemental presenten un aparato de tal utilidad, que no existe en formas superiores. Algunos de los otros centípodos tienen dos manchas fosforescentes en la cabeza, que brillan durante la noche, arrojando una luz verdosa a poca distancia. No conozco el propósito de estas luces, pero pudieran servir para deslumbrar o atraer a los insectos de que se alimentan.

En ese lugar plantamos también dos tipos de zacate, introducidos en Nicaragua en los últimos veinte años: el *Pará* y el *Guinea*, llamados así, según creo, por los lugares de donde proceden. El primero es una gramínea muy suculenta, de raíces que nacen en las juntas; el otro crece en manojos, hasta una altura de cuatro o cinco pies. Ambos agradan al ganado vacuno y caballar. Gran cantidad de gavillas se cortan para alimentar a las mulas

⁸⁶ Hoy se considera una clase distinta. Hay quienes a su vez la dividen en Quilópodos y Diplópodos (NT)

que trabajan diariamente en la tracción de las vagonetas, y que se mantienen en buenas condiciones con sólo estos zacates. El zacate indígena, natural, que crece en los claros junto a las selvas, es una especie trepadora, más bien abundante en Santo Domingo. Tiene un sabor amargo y el ganado no lo resiste; rápidamente baja su rendimiento si se alimenta sólo con éste; más bien prefiere vagar por las orillas de la selva donde pasta entre las matas, ramoneando entre las hojas de los matorrales. Este zacate tampoco crece más allá de los claros junto a la selva, pues es sustituido, en las sabanas, por una gran variedad de graminéas de manojo, que paulatinamente lo suplantán; pero en Santo Domingo todavía predomina y aunque sembré las semillas de otros pastos, estos no prosperaron porque el ganado enseguida los consumía prefiriéndolos a las especies nativas.

Existen otros senderos que conducen al interior de la selva, por diferentes rumbos. Me limitaré a describir uno de ellos, que tiene la particularidad de llegar hasta la cumbre de un peñasco desnudo que se yergue unos mil pies sobre Santo Domingo. Se trata del Peña Blanca, llamado así por su color, producto de la intemperización del farallón sur, que es el más empinado. La peña es visible desde varios puntos de la sabana. Durante los meses de verano,⁸⁷ el lado norte se cubre con las flores de una orquídea caulescente, *Ornithorynchos*, que no se encuentra por ningún lado en las vecindades, y los nativos, amantes de las flores por un sentimiento heredado de sus antecesores, ascienden al picacho en esa época, en especial los domingos, y regresan con grandes masas de inflorescencias. Su color, recién abiertas, es escarlata y amarillo. Crece con ella una *Macklenia* carmesí. En marzo hice una ascensión y descubrí a estas últimas en todo su esplendor, cubriendo en abundancia la ladera norte; contempladas fuera de la sombría selva relucen a pleno sol, como un destello de colores, rojo, carmesí y amarillo, semejando una gran llamarada más que cualquier otra cosa que se haya visto en el mundo floral.

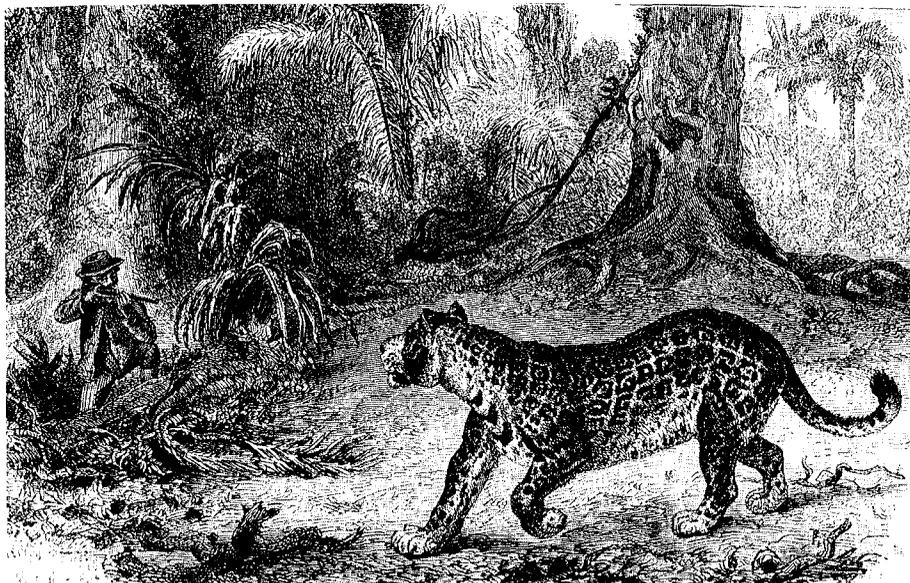
⁸⁷ Se refiere al verano tropical o época seca (NT)

Mi último ascenso a la cumbre del Peña Blanca, fue a mediados de junio de 1872; hacia el 17, después de dos semanas de lluvias, los nubarrones se aclararon, salió el sol y solamente unos pocos cúmulos aborregados navegaban por el azul del cielo, empujados por los alisios del noreste. En una visita previa que había hecho al pico había encontrado los élitros de muchos coleópteros, sobre la roca desnuda, restos de insectos cogidos por ranas, compañeras abultadas que excitaron mi curiosidad por conocer cómo habían trepado hasta allí. Entre los élitros estaban los de especies que nunca había colectado, por ser de costumbres nocturnas; decidí, pues, trepar una tarde y esperar que anocheciera, y con la ayuda de una lámpara tratar de coger algunos de ellos. Había llovido fuertemente por la tarde, así que la selva estaba empapada y las pendientes resbalosas y difíciles hasta para las mulas. El sendero asciende por el valle de Santo Domingo, cruza una serranía detrás de la mina llamada Consuelo y entra en la selva; luego desciende por una cuesta empinada hasta el fondo de un claro riachuelo, y después de cruzarlo, se inicia el ascenso al Peña Blanca, que continúa por casi una milla hasta la cúspide de la roca. El suelo estaba húmedo y la selva en penumbra, apenas interrumpida por los destellos del sol, que se colaban entre los árboles, avivando un poco la escena. En el trayecto espanté a una gallina de monte, *Tinamus sp.*, que aleteó asustada entre las matas. Las faldas más secas de estas colinas son sus sitios favoritos para alimentarse, y abundan alrededor de Peña Blanca, al igual que los pavones y pavas en su época.

Sobre el terreno bajo son frecuentes las huellas del danto, especialmente a lo largo de las angostas veredas, a través de las cuales las he rastreado por más de una milla. Se trata de una bestia inofensiva. Uno de nuestros trabajadores se topó con una, atacándola y matándola con un cuchillo; me obsequió la cabeza del animal, y era tan grande como la de un buey. Siempre quise seguirles la pista, pero nunca tuve éxito. Un día, en mis ansias de acercarme a lo que creía era un danto, me apresuré para caer en la proximidad poco placentera de un jaguar, “el tigre” de los

nativos. Acababa de adquirir nueva provisión de municiones para mi cartuchera, y con el propósito de disparar a algunos pajaritos de los que siguen a las hormigas guerreras, preparé tres o cuatro cargas de perdigones n° 8, poniendo sólo un cuarto de onza en cada carga, para no dañarles el plumaje. Fui a la selva por el sendero donde a menudo había visto las huellas del tapir. Después de cabalgar unas dos millas escuché a los pájaros cantar, desmonté, até la mula y me introduje entre los matorrales. Los pájaros eran ariscos y al perseguirlos me separé unas cincuenta yardas del sendero, hacia una parte donde los árboles estaban más despejados de malezas. De pronto escuché un ruido bramido entre un matorral a la izquierda, algo así entre retazo y gruñido, pero muy pronunciado, sólo atribuible a un animal muy grande. Como nunca había visto ni oído un jaguar en la selva, y como había visto huellas del tapir, pensé que se trataba de éste, y juzgué que debería acercarme más si quería hacer efectiva la carga de pequeños perdigones. Por tanto corrí tras el sonido, que se producía a intervalos de pocos segundos. Descubrí un gran animal, que se movía entre los matorrales a pocas yardas de donde estaba, y me detuve. Para mi sorpresa, apareció un jaguar (el gato ratonero más grande que haya visto), en cuyas fauces hubiera quedado tan desamparado como el ratón en las del gato. Azotaba su cola mostrando a cada rugido sus grandes dientes, saltaba a la vista que estaba de mal humor. A pesar de que me encontraba cerca, parece que no me había visto, en tanto que cruzaba un parche abierto a unas veinte yardas. Ni siquiera cargaba un cuchillo para defenderme en caso de ataque y la pequeña carga de perdigones no le hubiera traspasado la piel, a menos que le disparara desde muy cerca. Para afianzar mi puntería, por si se aproximaba, me hincé sobre una rodilla y asenté el codo izquierdo sobre la otra. Estaba ya frente a mí, cuando el movimiento atrajo su atención; giró un poco e inclinó cabeza y cuello hacia el suelo, como listo para saltar, y creo que bien hubiera podido salvar la distancia de un solo brinco, pero en el siguiente momento se volvió, alejándose hasta que lo perdí

de vista entre la maleza. Me pesa no haberle disparado y haber desaprovechado la oportunidad. Cuando desapareció y lo seguí unas pocas yardas, me lamentaba de ese encuentro que me cogía desprevenido, obligándome a desperdiciar la ocasión y a contentarme con un “no me atreví” en lugar de un “hubiera.”



Encuentro con un jaguar.

Regresé al día siguiente con un suplemento de balas, pero la noche anterior había llovido tanto que no pude encontrar el rastro del jaguar, y aunque posteriormente siempre me apertrechaba para una nueva ocasión, esta nunca volvió a presentarse. De los relatos de los nativos concluyo que el jaguar de Centroamérica nunca ataca al hombre, a menos que lo provoque, y cuando herido se muestra salvaje y peligroso. Velásquez me contó que su padre una vez hirió mortalmente a uno, el cual, así y todo, saltó sobre él y lo habría agarrado de una pierna, cuando por suerte cayó muerto.

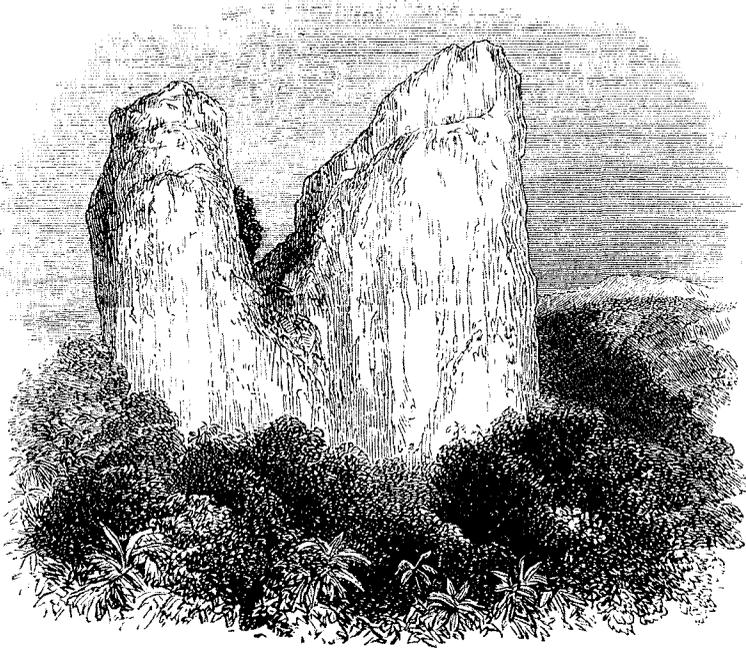
El sendero que sube al Peña Blanca se vuelve cada vez más vertical, hasta que a unas cincuenta yardas de la roca es tan precipitoso y difícil de cabalgar, que es preferible completar el ascenso a pie. Así que atando la mula a un vástago, subí a gatas por el sendero y pronto me encontré fuera de la selva, junto a la pared gris de la roca que se encumbra enfrente. Presenta dos picos, siendo el más alto el accesible. Peldaños han sido labrados en su ladera y se asciende la parte más empinada por una ruda escalera hecha de un poste, en el cual se han cortado muescas. Una vez en la cumbre, soplaban un fuerte viento del noreste, que más bien hacía la permanencia incómoda; pero el panorama era precioso y de mucha variedad. Del este al sureste el ojo se explaya en serranía tras serranía, todas cubiertas por la oscura selva, que oculta parcialmente la irregular topografía, pues los árboles en las hondonadas crecen más altos que en las crestas. Sobre ese lado de la roca se abre un escarpado precipicio, que se hunde cortado a pique por más de trescientos pies, con farallones blanqueados por la intemperie. Uno se percata que la selva ha sido sobrepasada cuando, al mirar desde arriba las copas que quedaron muy abajo, escucha ascender el canto de los pájaros y observa a los zopilotes revolotear al pie, describiendo círculos sobre las copas. Abajo el ojo descubre cada matiz de verde, desde el claro de la hierba hasta el oscuro del acebo, mientras algodonosas nubecillas arrojan su sombreado perfil sobre cerros y valles.

Directamente al sureste, a unas tres millas de distancia, se encuentra un alto peñasco,⁸⁸ más allá del cual deben de juntarse el Artigua con el Carca, a juzgar por la pendiente del terreno. El curso del Carca⁸⁹ está marcado por algunos parches verde claros, que parecen zacatales, y que probablemente fueron limpiados por los indios.

Hacia el sur, la vista recorre la selva por unas seis millas y después sabanas y cerros zacatosos que se extienden hasta el

⁸⁸ La peña Banadí (NT)

⁸⁹ Nombre del río Sikia en su curso superior (NT)



El Peña Blanca

lago, que apenas se distingue con sus dos picos, el Maderas y el Ometepe, mejor destacados hacia el suroeste.

Los pensamientos acuden numerosos a mi mente, en medio de la soledad, frente al grandioso espectáculo de la naturaleza, cuando me encuentro solo en la cúspide de un alto peñasco, contemplando el ondulante follaje verde que me rodea, las brumosas montañas distantes y el azul del cielo encima, salpicando de nubes que vienen por el noreste viajando centenares de millas. Allí el intelecto humano se esfuerza en penetrar el gran misterio de su existencia y retrocede como el pájaro que aletea contra las rejas de su jaula, desconcertado y confundido.

Otro aguacero vino, que pasó rápidamente y dio de nuevo entrada a la luz del sol. Grandes masas de vapor comenzaron a levantarse desde la selva, cobijando los valles, de tal suerte que al bajar la mirada al precipicio, queda interrumpida por una

sábana de brillantes nubes blancas extendidas abajo, manto perforado solamente por el canto de los pájaros. Los cerros se erguían, como islas, sobre la capa de neblina, pero al suroeste, sobre las sabanas, el aire estaba transparente y el pico del Ometepe se dibujaba en la distancia. Apenas una nube envolvía su cumbre, como un gorro de nieve que poco a poco descendía envolviéndolo estrechamente y conformando su perfil, a medida que la noche avanzaba.

La sabana no desprende tanto vapor como la selva, lo cual se explica, según creo, porque su superficie evaporante es mucho menor que la del bosque, donde existen innumerables hojas calentadas previamente por el sol.

Al llegar la noche una neblina húmeda se asentó sobre la cumbre del peñasco y el viento redobló sus fuerzas, tornándose el lugar muy frío y desabrigado, pues no existe refugio de ninguna clase allá arriba. Tales noches no son propicias para los insectos; apenas conseguí unos pocos coleópteros, que resultaron novedosos para mí, en la mera punta de la roca donde los juncos crecen e interceptan a los insectos arrastrados por el viento alisio del noreste. En una noche tranquila, no lo dudo, se pueden coleccionar muchas especies. Calculo que el viento soplaba con una velocidad no menor de treinta millas por hora, suficiente como para arrastrar sin mucho esfuerzo a los bichos que escapan de la selva, allá abajo, donde reina completa calma. Enriquecí mi colección con dos nuevos y preciosos carábidos. Como a las once de la noche decidí regresar y tras continuas caídas sobre las laderas resbalosas llegué al lugar donde había dejado la mula. La noche era muy oscura y el aceite de la pequeña linterna se había consumido, pero la mula conocía todos los pasos sobre el sendero y aunque resbalaba a menudo nunca cayó, llevándome finalmente salvo a casa.

IX

VIAJE A JUIGALPA • DESCRIPCIÓN DE LA LIBERTAD •
EL CURA Y LA CAMPANA • MARIPOSAS Y PAPANOTES MIGRATORIOS •
CALPULES • NOMBRES ANTIGUOS • LECHOS DE RÍOS SECOS •
MONOS Y AVISPAS • LLEGADA A JUIGALPA •
CABALGANDO POR LOS ALREDEDORES • ABUNDANCIA DE PAJARITOS •
UN POBRE LISIADO • EL “TOLEDO” • LAS “VIUDITAS” •
EL SALTO • MONTÍCULOS FUNERARIOS •
IDOLO QUEBRADOS • EL SIGNO DE LA CRUZ •
COMPARACIÓN ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS ACTUALES POBLADORES •
VIDA NOCTURNA



HACIA FINES DE JUNIO DE 1872 tuve que ir a Juigalpa, uno de los pueblos principales de la provincia de Chontales, a causa de una demanda judicial que contra la compañía minera estableció un criollo litigioso. Salimos al amanecer en compañía de mi criado Rito, quien jalaba una mula cargada con mis colchas y ropaje; yo llevaba una escopeta liviana.

Los senderos en la selva estaban excesivamente lodosos y nos tomó cuatro horas recorrer las siete millas que hay hasta El Pital; por todo el camino las mulas forcejearon atolladas en el lodo, de unos tres pies de profundidad. Un poco más allá de El Pital pasamos el río Mico y dos millas más adelante, cruzando algunas colinas zacatosas, llegamos al pequeño pueblo de La Libertad.

Este es el principal centro minero de Chontales, en cuya vecindad hay gran número de minas de oro, algunas de las cuales explotan franceses emprendedores. Las minas de oro y plata de La Libertad son más ricas que las de Santo Domingo, y sus dueños han extraído los preciosos metales en abundancia.

El pueblo está situado cerca del límite de la selva, separándolos el río Mico. Se ha propuesto construir un puente de madera a través del río que es impasable durante las inundaciones. No puedo asegurar si tal puente se levantará algún día, pues en varias ocasiones se han recaudado impuestos o colectado dinero para construirlo, pero los fondos siempre desaparecen en las manos de las autoridades. La Libertad tiene alcalde y juez. Cualquiera que rinda una fianza de doscientos dólares está apto para ser electo juez, que solamente resuelve casos triviales, pues los fallos importantes están supeditados a la presión que sobre él ejerce la influencia privada. A menudo es un títere de algunos inescrupulosos leguleyos.

La iglesia de La Libertad es una construcción semejante a un gran establo, con techo de tejas. A un lado se encuentra una torrecita donde cuelgan dos campanas; una de ellas es sólida y sonora, la otra rajada y remendada. Esta última fue donada por una de las compañías mineras y provocó un gran escándalo. Resulta que la compañía tenía una excelente campana grande, para llamar a sus trabajadores. El cura de La Libertad la pidió, pensando que era mejor utilizarla en el servicio de la iglesia. Desde luego su solicitud no fue atendida por el superintendente de las minas. Pero éste tenía otra campana, vieja y quebrada, la cual remendó y se la envió al sacerdote con una carta, explicándole que no podía regalar la solicitada, pero que le enviaba otra, por si le era de alguna utilidad. El cura supo que la campana venía en camino y pensando que se trataba de la que había solicitado, organizó una procesión para ir a su encuentro y colocarla en su lugar tras la ceremonia. Cuál no sería su sorpresa cuando vio la vieja campana cascada y rajada; y en lugar de bendecirla la maldijo; la lanzó al suelo y aún la pateó y escupió. Su ira no tuvo

límites por un tiempo, pues pensó que se trataba de una burla de los herejes extranjeros. Su indignación fue compartida por algunos habitantes principales del pueblo, pero cuando tradujeron la carta explicativa, los ánimos se calmaron y la pobre campana fue erigida allí donde podía ejercer su función.

Hay algunos buenos establecimientos en La Libertad, sucursales de las tiendas de Granada, donde se venden los productos del país—cueros, hules y oro para la exportación—importándose de Europa artículos manufacturados.

El capitán Velásquez se nos incorporó en La Libertad y juntos partimos después del desayuno. El camino pasaba sobre lomas zacatosas donde pastaban ganados y mulas. El borde de la selva, a la derecha, no estaba muy distante, y a lo largo del camino existían muchos claros plantados de maíz. A medida que avanzábamos, descubríamos gran número de mariposas cafés, *Timetes chiron*, de larga cola, que volaban en columnas hacia el sureste. Las columnas se interrumpían por espacio de unos pocos centenares de yardas, divididas en escuadrones de millares de mariposas, de unas cincuenta yardas de ancho, que viajaban en la misma dirección. Periódicamente medía su rumbo con un compás de bolsillo, y era siempre al sureste. Las acompañaban algunas mariposas amarillas, no tan numerosas como en otros años. En ciertas épocas estos enjambres de mariposas migratorias continúan viajando al sureste, por tres o cinco semanas, y deben consistir de millones y millones de individuos, de muchas especies y géneros diferentes. Un papalote diurno, de bella cola verde y dorada, *Urania leilus*, también se les junta en este movimiento anual. Observé en Brasil vuelos similares de mariposas en Pernambuco y Marañón, todas viajando hacia el sureste. R. Spruce fue testigo de una migración de mariposas comunes, blancas y amarillas, sobre el Amazonas, en noviembre de 1849. Todas pasaban hacia el sur-sureste.⁹⁰ Darwin menciona en varias ocasiones que frente a las costas de Patagonia y a algunas millas

⁹⁰ *Journal of the Linnean Society*, VOL. IX

de la desembocadura del Plata, el barco fue rodeado por mariposas, tan abundantes que en una ocasión llenaban todo el espacio alrededor y los tripulantes dieron en llamarlas mariposas nevantes.⁹¹ Estas mariposas proceden también del oeste, aunque desconozco una explicación satisfactoria de estas inmensas migraciones, que se sucedieron cada año mientras estuve en Chontales y siempre siguiendo la misma dirección. Al principio pensé que algunos de los más tempranos vuelos, en abril, eran provocados por el agotamiento de la vegetación del lado del Pacífico, y que se dirigían hacia la vertiente Atlántica donde las selvas se mantienen verdes y húmedas; pero en junio las lluvias caen en abundancia en el Pacífico y su vegetación crece lujurante por doquier. A juzgar por su dirección desde el noroeste, los enjambres tampoco procedían exactamente del Pacífico, sino más bien del interior de Honduras y Guatemala. El problema está en que estas mariposas nunca regresan. Si viajaran en una dirección, en cierta parte del año, y en la opuesta en la otra estación, podríamos suponer que la vegetación que les sirve de alimento es más abundante, primero en el noroeste y después en el sureste; pero durante los cinco años de mi estadía en Centroamérica siempre traté de descubrir, sin nunca ver uno, algún enjambre de regreso, de tal manera que la migración en un solo sentido año tras año, me resultó incomprensible.⁹²

Gradualmente comenzamos a subir la cordillera que separa la cuenca del Lago de Nicaragua de la del río Escondido, trepando sobre sabanas zacatosas. A unas dos leguas de La Libertad se encuentran muchas tumbas indígenas, cubiertas por montículos de tierra y piedras. El señor, Fairbairn, un inglés muy ilustrado, se estableció en este lugar, dedicado al cultivo del maíz y a la cría de ganado. Existen muchas evidencias de que allí vivió una

⁹¹ *Naturalist's Voyage*, p.158.

⁹² Se ha comprobado que cuando una población de insectos, como las mariposas, se torna abundante, muchos de sus miembros vuelan en dirección al mar donde caen y perecen, movidos por un instinto suicida, necesario para controlar la superpoblación. (NT)

gran población indígena cuyas cerámicas y fragmentos de piedras de moler han sido extraídos de las tumbas abiertas. Fairbairn me mostró varias curiosidades, entre ellas algunas imitaciones de cabezas de armadillo y otros animales. Algunos fragmentos son patas de urnas funerarias, otros sonajas que encierran bolitas de arcilla cocida. Los indios primitivos usaban estas sonajas en sus danzas religiosas y la costumbre ha subsistido, pues en México, en 1823, de acuerdo con W. Bullock, las mujeres nativas bailaban cierta representación dramática de la corte de Moctezuma, mientras agitaban sus sonajas con la mano derecha, produciendo un sonido con el que acompañaban sus movimientos. Algunas hachas de piedra también se encuentran en este lugar y se las llama “piedra de rayo.” Los nativos ignoran que son instrumentos artificiales, a pesar de que sus antecesores las labraban desde hace unos cuatrocientos años.

El lugar es muy pintoresco, como sucede con la mayoría de los sitios elegidos para erigir los antiguos pueblos indígenas. A corta distancia al oeste se levantan los farallones muy empinados de la cordillera de Amerrique, con sus aislados peñones y pináculos. El nombre de esta cordillera es un indicio para determinar la raza de los habitantes que la poblaron. En las alturas de Honduras, como anota Squier, la terminación *tique* o *rique* aparece con frecuencia en los nombres de los lugares, como Chaparristique, Lepaterique, Llotique, Ajuterique y otros. La raza que habitó esta región fue la de los lencas, mencionados muy a menudo en las narraciones de los misioneros de las primeras expediciones a Honduras. Creo que los lencas fueron los antiguos habitantes de Chontales, nombre con el que los designaron los nahuas o aztecas de la zona del Pacífico del país. Los nahuas conquistaron parcialmente a estos indios “chontales” y se apoderaron de sus territorios, antes de la llegada de los españoles, ya que algunos nombres aztecas de lugares de Nicaragua, no parecen ser los originales de los primeros pobladores. Así, Juigalpa es azteca sureño y significa “pueblo grande.” Ningún pueblo pudo llamarse grande al principio, sino por aquellos que lo vieron crecer gradualmente desde un

villorrio, y quienes después lo invadieron y conquistaron. De la misma manera Ometepe es un nombre azteca casi puro, que significa “dos picos,” aunque la isla sólo contiene uno; y es probable que el nombre fuera dado por un invasor que vio los dos picos de Ometepe y Maderas, desde la costa del lago, pensando que pertenecían a una sola isla.⁹³ Los lencas no construyeron edificios de piedra como los quichés y lacandones de Guatemala y los mayas de Yucatán, quienes tal vez estaban más relacionados con los nahuas de México que los mismos lencas.

Al llegar al filo de la cordillera, dejamos el camino principal tomando un sendero a la izquierda, muy estrecho y rocoso. A medida que descendíamos sobre esa falda de la cordillera, presto sentíamos el cambio de clima. Del lado de La Libertad había llovido por semanas y todo el terreno estaba empapado y lodoso, pero a dos millas al oeste de la cordillera el suelo estaba seco, y así se extendía hasta Juigalpa. Una sucesión de colinas áridas y pedregosas, cubiertas de matorrales y arbustos, reemplazaban de este lado a las laderas zacatosas y húmedas que habíamos cruzado horas antes. Entre esta vegetación se encontraban espinosos cornizuelos, nancites, guayabas, jícaros y hoja chigüe; esta última, de presencia esporádica, se caracteriza por sus hojas gruesas, coriáceas, usadas como papel de lija por los nativos.

Las quebradas estaban secas, o a lo sumo contenían una serie de pozas, hasta que llegamos al río de Juigalpa,⁹⁴ que baja desde lejos rumbo al este. Cuando los alisios del nordeste pasan sobre la gran selva, que cubre la vertiente atlántica del continente, desprenden la mayor parte de la humedad; y esta cordillera, que se eleva casi 3,000 pies sobre el nivel del mar, intercepta casi todo lo que queda, de tal manera que sólo esporádicas lluvias caen en Juigalpa.

⁹³ Según parece, Belt ignoraba que en realidad la isla de Ometepe está formada por la entabladura de dos volcanes, uno de perfil cónico y el otro truncado. En algunos mapas del siglo XIX Ometepe aparece dividida en dos mitades (NT)

⁹⁴ El río Mayales. (NT)

Sobre una de las colinas pedregosas que pasamos, y no lejos del camino, descubrimos una manada de monos carablancas, *Cebus albifrons*,⁹⁵ caminando entre los arbustos esparcidos. Divertían con su actitud, pues algunos se paraban sobre sus patas traseras para mirarnos pasar, mientras otros encorvaban sus espaldas como los gatos. Aunque listos a correr, se erguían tranquilos, vigilándonos, y parecían agrupados como para una fotografía. Al acercarnos salieron huyendo y profiriendo gruñidos.

Poco más adelante, me picó fuertemente un enjambre de pequeñas avispas, cuyo nido perturbé al pasar debajo de ciertos matorrales. Unas treinta se lanzaron contra mí, pero sólo saqué media docena de pinchazos, ya que logré matar al resto que se enredó entre los pelos de mi cabeza y barba, pues sucede que estas avispas suelen atacar a animales pilosos y nunca vuelan hacia la cara descubierta sino a los pelos, lo cual permite aplastarlas contra la piel antes de que piquen. En esta y otras ocasiones en que fui atacado nunca me picaron la cara, sino múltiples veces en las manos cuando las mataba contra el cuero cabelludo. Llama la atención, sin embargo, que la gran avispa negra, que construye panales en los corredores y bajo los aleros de las chozas, tiene al hombre por su principal enemigo picándole directamente en la cara, cuando la molesta.

Sin más contratiempos llegamos al anochecer a Juigalpa y nos alojamos no lejos de la plaza, en una casa donde se nos preparó una pieza amplia, reservada para los huéspedes. Averiguamos que precisaríamos dos días para arreglar nuestros asuntos y mientras esperábamos por algunos documentos judiciales, aproveché para visitar las antigüedades indígenas de los alrededores. Esa noche dormí sobre una dura "tijera" de cuero, ya que el uso de camas acolchonadas casi no se practica.

Estuve en pie muy de mañana y después de tomar una taza de café con leche, cabalgué sobre el camino hacia Acoyapa, atravesando sabanas onduladas cubiertas de zacate, jicarales y pequeñas

⁹⁵ *Cebus capucinus*. (NT)

masas de arbustos que crecían sobre montículos de piedra. Abundaban las palomas silvestres con su incesante arrullo. Sobre los sitios rocosos crecían cactus espinosos, de tallos aplastados, en forma de pera, y frutas escarlatas. Crucé el río de Juigalpa unas dos millas más abajo del pueblo, que pasa allí entre bancos de lajas, dejando tranquilas pozas entre riberas cascajosas. Los árboles inclinan sus frondas sobre el río, mientras abajo crecen arbustos parecidos al mirto y zacatales.

La mañana estaba comenzando y los bancos se colmaban del trino de los pájaros, que chillan, silban, graznan, pían o lanzan estridentes gritos. Dudo que haya parte en el mundo que muestre tan gran variedad de tribus emplumadas. Una gran garceta café está inmóvil, entre las piedras de los raudales, en cucullas y con la cabeza y cuello volteados sobre el dorso, simulando una roca parda.⁹⁶ El martín pescador vuela subiendo y bajando, o se precipita contra la superficie, salpicando el agua con un golpe de ala. Sobre una parte donde crecen juncos, se mueven los jacanáas,⁹⁷ que al ser perturbados, levantan sus alas mostrando el amarillo limón de abajo, en contraste con el color chocolate café del resto del plumaje, a la vez que cacarean inconformes. Los chocoyos vuelan en chillantes bandadas o bajan a los árboles para anidar en amorosas parejas, cambiando sus chillidos en suaves arrullos. También abundan los cazamoscas,⁹⁸ posados sobre las puntas de las ramas secas, atisbando el paso de los insectos, sobre los que se lanzan de vez en cuando. Una pareja de bellos guardabarrancos, *Eumomota superciliaris*, emprende cortos vuelos tras los insectos o posa sobre las ramas bajas, suspendidas sobre los bancos, sacudiendo su curiosa cola de un lado a otro. Las golondrinas pasan rasando en sus circuitos y entre las matas trinan el chichiltote anaranjado y negro y otros muchos pájaros de bello plumaje.

⁹⁶ Llamada "alcaraván de río " (t)

⁹⁷ Ver nota 1 (NT)

⁹⁸ Llamados "güises " (NT)

Una clase de pájaros, la más característica de la América tropical, es decididamente escasa en este lugar: me refiero a los colibríes, pues no descubrí ni uno solo junto al río. Parece que en los lugares abiertos son más escasos que en la selva. Los insectos tampoco eran abundantes como en años anteriores. Sobre los sitios arenosos corren y vuelan con gran velocidad dos especies moteadas de escarabajos tigres. Uno se levantó para capturar en vuelo a otro insecto que volaba lentamente. Entre los arbustos, que parecen mirtos y producen flores blancas, me encontré una docena de pequeños longicornios, novedosos para mí, y que al volar simulan avispas negras.

Era un verdadero placer sentarse al frescor de la sombra para escuchar y observar los pájaros sin estar pendiente de animales feroces, salvo de las hormigas picadoras y de los tábanos que felizmente no son numerosos en este sitio. Incluso las culebras son raras; únicamente una de color verde, inofensiva, corrió ondulando hacia los matorrales. Aunque los nativos me dijeron que los lagartos abundaban en el río y eran poco peligrosos, apenas alcancé a ver uno pequeño, de unos cinco pies, que flotaba y mostraba su hocico, ojos y rugosidades del lomo fuera del agua. Todo el mundo se baña en el río sin temor, pues nadie ha sido cogido en los últimos cincuenta años, de acuerdo con los padres que transmiten a sus hijos los relatos que a ellos les contaron cuando chicos, y no hay tradición más persistente que la que se refiere a los ataques de las bestias salvajes.

Mientras estaba sentado a la sombra, disfrutando de la escena, vi aproximarse cojeando con pasos dificultosos, desde el otro lado del río, a un pobre tullido, afectado por una horrible enfermedad: la elefantiasis. Cruzaba el río con gran dificultad, pues sus pies estaban hinchados seis veces su tamaño normal y presentaban callosidades córneas. Una de sus manos estaba también lisiada y contemplado en conjunto era el objeto que más lástima infundía. Tal visión parecía discordar con el bello escenario natural, pero es nuestra compasión por los semejantes la que nos hace pensar tal cosa. Si los árboles sintieran lástima tal vez

no la volcarían sobre un pobre tullido humano, sino sobre otro árbol gigante de la selva, de tronco retorcido y semicarcómico, amenazado de colapso tras cada brisa, mientras que para nosotros tal árbol agónico, revestido de musgos y helechos y quizás estrangulado por las plantas trepadoras, resulta una visión placentera y pintoresca. De la misma manera los pescados se compadecerían de sus camaradas cogidos por el martín pescador y los pájaros por sus compañeros en las garras del gavilán; cada criatura, en fin se lamentaría del destino de su colega, que pudiera ser el suyo, el único borrón en el plan de la naturaleza.

El pobre tullido me dijo que iba camino a Juigalpa. Había oído, sin duda, de la llegada de unos extraños al pueblo; y cada vez que llegué a Juigalpa posteriormente me visitaba, pues sus mejores amigos son los extranjeros, que miran con mayor compasión su desgracia, que los mismos paisanos acostumbrados a verlo en tal estado.

El ciego, el impedido y el enfermo son los únicos pordioseros que conocí en Nicaragua, donde las necesidades de la vida se satisfacen sin dificultad y la vestimenta es poco exigente. Cualquiera capaz de plantar maíz y bananos asegura su subsistencia, pues hay trabajo para todos aquellos que voluntaria o por fuerza lo ejecutan, y tanto el rico, como el fuerte entre las clases más pobres, lleva una vida fácil y placentera; pero el enfermo e incapacitado tiene mala suerte, ante la indiferencia de sus paisanos y la de que no hay hospitales ni asilos donde refugiarse. Me dijeron que el tullido, incapacitado como está, emprende a menudo largos viajes; incluso a Granada. Fue soldado en una de las revoluciones, cuando era presidente John Chamorro,⁹⁹ y atribuye su enfermedad a un escalofrío que le cogió por haberse bañado agitado.

Cuando el infortunado se alejó, tomé un baño en las frescas aguas del río y después vagué por la otra ribera hasta unos árboles de mango de deliciosas frutas maduras. Allí estuve hasta medio día, cuando el sol brilla alto y caliente y los pájaros se

⁹⁹ Fruto Chamorro (NT)

retiran a las más recónditas sombras para hacer su siesta. Pude haberme quedado todo el día, pero era hora de regresar e ir con Velásquez en busca de unas tumbas indias que se decían estaban a unas tres millas.

Al abandonar el río escuché el silbido del bello *toledo*, así llamado porque sus notas imitan esas sílabas clara y lentamente silbadas, con acento en las dos últimas. Siguiendo el sonido me interné en un barranco profundo, cubierto de árboles, al fondo del cual estaba el lecho de una quebrada, interrumpida por aisladas pocitas y en una de las cuales, sobre un árbol, vi un gavilán de plumaje oscuro con la cola bandeada de blanco, al acecho de cangrejos de tierra y de agua dulce de los que se alimenta.¹⁰⁰ Perseguiendo al *toledo* lo veía fugazmente, sólo para que al instante se perdiera entre los matorrales, al otro lado de la quebrada; pocos minutos después volvía a escuchar su canto, de tono profundo, como burlándose de mi persecución. Tuve que subir y bajar por las laderas empinadas del barranco, hasta que al fin, arrastrándome con cautela y sacando apenas la cabeza entre los bancos, logré dispararle. Eran dos, sentados juntos y a los dos los derribé. Ambos tenían un bello plumaje. El *toledo*, (*Chiroxiphia linearis*), es del tamaño de un jilguero, de un color negro aterciopelado. La coronilla está cubierta por una cresta plana de color escarlata y las espaldas parecen un chal de azul celeste. De la cola se proyectan dos largas plumas como cintas. Sus notas curiosas se escuchan a menudo en las sabanas y entre los grandes árboles que bordean las quebradas, pero es muy difícil verlo, pues es pájaro muy tímido y se esconde en las más oscuras sombras.

También había varias *viuditas*; la pechiamarillo *Trogon melanocephalus*¹⁰¹ posada entre las ramas, se lanzaba de vez en cuando tras los insectos. Esta especie perfora a menudo los panales de comejenes, alimentándose con el cuerpo suave de las obreras. Otro

¹⁰⁰ El alzacuán, *Rosthramus sociabilis*, o gavilán caracolero (NT)

¹⁰¹ *Trogon citreolus* (NT)

trogón, también existente allí es el pechirrojo *Trogon elegans*, que emite un singular canto bronco, muy diferente al de los de su especie y más bien parecido al del guardabarranco. Cabalgando de regreso a Juigalpa caían sobre el suelo arenoso, reseco y caliente de la sabana, los rayos casi perpendiculares del sol. No se escuchaba ni un solo canto de los numerosos pájaros, pero sí, la chillante chicharra que emitía un interminable tiple. Ningún viento se arremolinaba y el aire reverberaba con el calor del suelo tostado.

Me sentí feliz al arribar al “hotel” y desayunar con una jícara de chocolate. Después de un descanso de una hora salimos con Velásquez en busca de las antigüedades indígenas. Cabalgamos río arriba y a la derecha, entre riberas altas y rocosas; a continuación seguimos por un sendero inclinado, hasta unas onduladas sabanas con árboles escasos. A unas tres millas llegamos a una pequeña planicie de probable origen aluvial y unos veinte acres de extensión, cubierta de zacate y jícaros dispersos. Al final de este plan estaba una cabaña pajiza, de paredes de lodo, llamada “El Salto,” por una caída que el río hace cerca de allí. Un hombre estaba recostado, mientras su mujer molía maíz para las tortillas. Nos dijo que las “piedras labradas,” como las llamaban, estaban al lado de la planicie que acabábamos de cruzar. Antes de salir en su búsqueda bajamos al río para contemplar la cascada. En efecto, exactamente opuesto al rancho, el río Juigalpa, que va bajando por sobre una laja de traquita, salta a una estrecha y profunda garganta, cortada en la roca. La garganta mide unos cincuenta pies de profundidad y unos veinte de anchura. El río estaba bajo y volcaba todo su caudal al fondo de una honda hendidura; pero cuando está lleno se precipita sobre los lados formando un magnífico torbellino de aguas. En esta ocasión el río se lanzaba sobre el fondo de la estrecha garganta, bullendo y resurgiendo entre las grandes masas de rocas caídas y produciendo un continuo rugir, como si tratara de llevarse todo a su paso. Profundos huecos, algunos hasta de diez pies de hondo, habían sido escarbados en la roca traquítica y algunos otros estaban a los lados de la garganta, quizás socavados por la cascada en su

retroceso. La traquita es una roca dura y resistente. Los agujeros parecían recién excavados, como si hubieran sido erosionados el día anterior. En respuesta a mi afirmación de que la cascada produjo los agujeros al igual que está socavando ahora la garganta, nuestro guía, que era el hombre que estaba recostado en la choza, dijo que las rocas estaban donde han estado siempre; pues en los diez años que llevaba de vivir en el lugar no se habían modificado. Quizás si los antiguos indios salieran de sus tumbas, donde han reposado por más de trescientos años, sostendrían lo mismo, testificando que nada ha cambiado y que tanto las rocas como el salto están donde estaban y seguirán estando allí para siempre; ya que la mente no educada no puede concebir el efecto de la erosión, que actúa con lentitud y se manifiesta después de enormes períodos de tiempo.

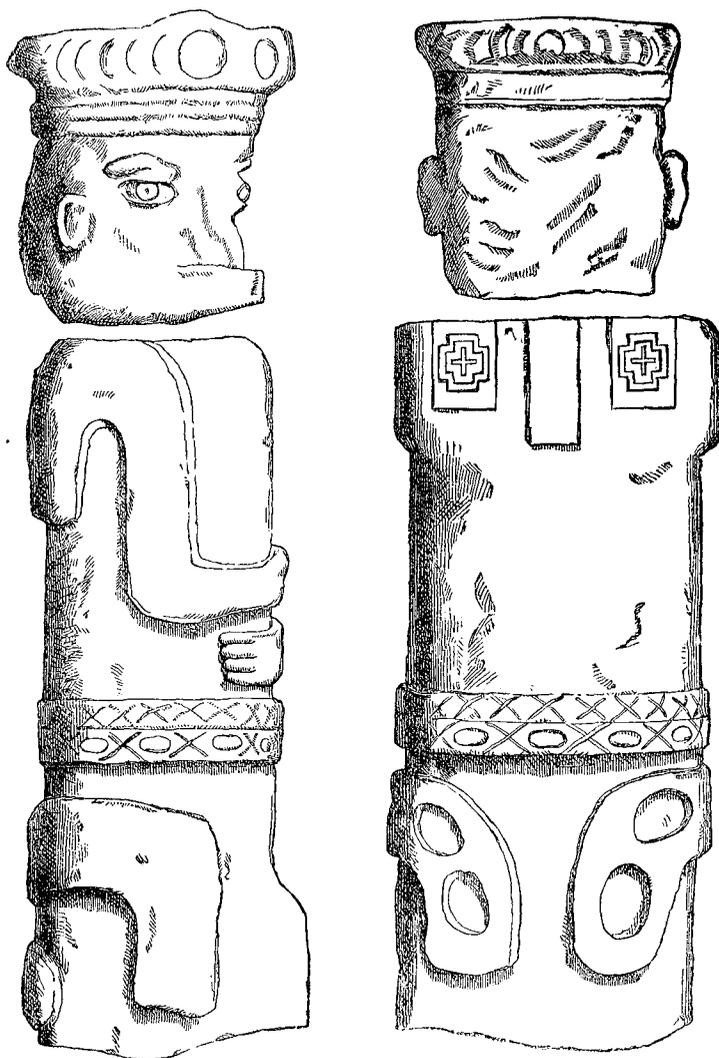
Pregunté al guía si no había montículos de piedra por ahí cerca, replicándome que existía uno en la cumbre de una colina vecina. Ascendimos por ésta, que no era sino una estribación de una serranía trasera, que se proyectaba hacia el pequeño plan ya mencionado y que podía ser en parte artificial. En la cima, que atalaya un precioso panorama de los campos vecinos y tiene los blancos riscos y oscuros bosques de Amerrique al frente, estaba un montículo indígena, de forma elíptica, de unos treinta por veinte pies. Algunos pequeños arbustos han nacido entre las piedras y cerca del centro se encuentran excavados dos hoyos de unos cuatro pies de profundidad, hechos por nuestro guía y su hermano, según me refirió el primero, para esconderse de los soldados durante el último alzamiento revolucionario; historia por demás difícil de creer, si se considera que valle abajo existen muchos escondites entre matorrales, más adecuados que la desnuda cumbre de una colina. El guía también afirmó no haber encontrado nada en esos agujeros, pero nosotros localizamos fragmentos de dos urnas cinerarias quebradas, una de arcilla fina, pintada en rojo y negro, y la otra más ruda y de consistencia fuerte, pero sin grabados. Parece que la costumbre de los indios chontales era quemar a sus muertos depositando sus cenizas en

una delicada urna pintada, metida dentro de otra más resistente, que enterraban junto con una piedra de moler, bajo un montículo de piedras sobre la tumba, y en cuyo centro se erigía, algunas veces, la estatua del difunto.

Era evidente que la tumba había sido profanada en busca de algún tesoro, pero el guía se mostraba reticente; sin embargo admitió, tras insistentes preguntas, que había encontrado en la tumba un metate quebrado. Velásquez bajó por el agujero más hondo y extrajo algunos fragmentos de cerámica, pero nada más.

Descendimos otra vez por la pendiente, hacia la planicie donde estaban las “piedras labradas,” que no resultaron sino quebrados fragmentos de estatuas. Una de las más grandes estaba mejor tallada y conservada que las otras, que se presentaban golpeadas o quebradas. Su mayor tamaño y solidez le confirieron mayor resistencia a ser estropeada. Estaba dividida en dos partes, con la cabeza decapitada. La longitud total era de unos cinco pies; la cabeza estaba muy desfigurada, la nariz arrancada y la boca deformada, pero por lo que quedaba se podía juzgar que esta última era muy prominente. Los ojos se conservaban bien, destacados y con los globos proyectados. Sobre la cabeza lucía un ornamento a manera de corona. Los brazos descansaban sobre el pecho y se prolongaban más allá de los hombros, bajando un poco por las espaldas, como si intentasen representar los omoplatos. Las piernas estaban dobladas y circundaban la espalda en la misma forma que los brazos. El dorso de la estatua, labrado meticulosamente, presentaba como rasgo notable un ancho cinturón ornamental en torno de la cadera, así como dos cruces bien labradas, una sobre cada hombro.¹⁰²

¹⁰² Esta estatua es una de las varias estelas que se exhiben en el museo de Juigalpa. (NT)



Estatuas indígenas

Las otras piedras tiradas alrededor eran porciones quebradas de otras pequeñas estatuas y de pedestales, todas de una traquita dura y resistente. El trabajo que requirió esculpir la principal debió ser inmenso, sin utilizar instrumentos de hierro. Los fragmentos estaban acostados sobre la planicie y creo que fueron

arrastrados de algún mausoleo de los antiguos indios. Preguntado nuestro guía, afirmó haber visto otros montículos detrás del que estaba en la colina, pero no podía precisar dónde. Siempre que le preguntábamos se mostraba muy evasivo; por último, aduciendo que tenía un negocio que atender, nos abandonó precipitadamente. Aprovechamos su ausencia para revisar todos los alrededores en busca de tumbas; entre la planicie y el río encontramos un espeso matorral; atisbando en su interior descubrimos algunas piedras apiladas, y apartando las matas vimos que el lugar estaba lleno de viejas tumbas indígenas, señaladas por túmulos de piedras en cuyo centro todavía persistían los pedestales sobre los que estaban las estatuas. La mayoría de los túmulos tendría unos 20 pies de diámetro y las piedras eran del tamaño de la cabeza de un hombre. Uno de los túmulos sobre el que crecía una inmensa ceiba, estaba compuesto por una docena de grandes piedras, algunas de cinco pies de largo, tres de ancho y una de espesor. Ahí nos dimos cuenta de la falacia de nuestro guía. Cuando nos dijo que no sabía dónde había más montículos, se encontraba parado a no más de treinta pies de uno que estaba escondido entre los matorrales y que mostraba grandes piedras, una de las cuales había sido volcada, usando como palancas ciertos palos recién cortados que yacían a la orilla y que todavía mostraban la corteza verde quebrada y machacada. Un hoyo había sido excavado y rellenado nuevamente con piedras. No cabía duda que nuestro reposado amigo había estado allí cavando por su propia cuenta.

Muchos nativos creen que debajo de estos montículos de piedra se encuentran tesoros enterrados y que el interés que manifiestan por ellos los extranjeros no tiene más incentivo que el de robar esos tesoros. Nuestro guía, creyendo reservar para sí estos tesoros, nos había llevado hasta la tumba solitaria en la cumbre de la colina, que ya había sido profanada, simulando ignorancia sobre la existencia de las otras. Espero que su conciencia no esté tranquila por las mentiras que nos dijo, y no lo haga regresar apenas nos vayamos, a tratar de quebrar la nariz

de otro “ídolo” como los nativos llaman a estas imágenes. Ellos piensan que con desfigurarlas muestran su celo por el cristianismo, pues es muy cierto que pocas son las estatuas que han conservado la nariz, el rasgo más saliente expuesto a sus ataques. Y si algunas de las imágenes han resistido la destrucción por estos enfermizos métodos que han operado por trescientos años, es porque la roca donde se esculpió es dura y resistente. Es posible que las estatuas de El Salto fueran desbancadas desde los montículos hasta la planicie y públicamente tiradas, deformadas y quebradas, cuando los españoles tomaron posesión del distrito de Juigalpa e impusieron el cristianismo sobre los indios; pues era costumbre entre los conquistadores derrumbar y mutilar los “ídolos” de los indios; reemplazándolos por la cruz y sus propias imágenes, y forzar al pueblo a bautizarse. La suplantación no constituyó en sí un cambio radical, pues la cruz era un emblema ya conocido entre los indios y entre sus ritos figuraba el bautismo; aún las imágenes que les presentaron para adorarlas no diferían mucho de aquellas ancestrales a las que rendían tributo. Les era fácil adoptar la nueva fe. Se dice que Dávila¹⁰³ derribó ídolos en Rivas y logró el bautismo de 9,000 indios. Una vez cristianizados los indios, los españoles los hicieron esclavos y los aniquilaron en medio de inmisericordes crueldades y trabajos excesivos, métodos que mermaron en poco tiempo la población de pueblos y distritos enteros.

La presencia de la cruz en Centroamérica causó gran sorpresa a los descubridores españoles. Era el emblema del “dios de la lluvia,” tanto en Yucatán como en todo el imperio azteca. Varios autores han propuesto numerosas hipótesis, respecto a su origen, como emblema religioso, en México y Centroamérica. Hasta se ha llegado a suponer que los primeros cristianos de Islandia, en el siglo IX, alcanzaron las costas de México e introdujeron algún conocimiento de la religión cristiana. Sin embargo la cruz fue también emblema religioso en la más lejana antigüedad,

¹⁰³ Gil González Dávila (NT)

en Siria y Egipto, y el bautismo era un rito anterior al cristianismo. Esta y otras observaciones religiosas tales como la confesión auricular y las instituciones monásticas, estaban mezcladas con la veneración a múltiples dioses, a cuya cabeza estaba el culto del sol, asociadas con sacrificios humanos y ceremonias paganas, tal que es más aceptable admitir que la introducción de la cruz, así como otras tradiciones paganas, proceden de una remota antigüedad, a partir de una estirpe común de la cual descienden los habitantes de ambos hemisferios. Hay seguras evidencias para suponer que los niños eran ofrendados en sacrificios a Tláloc, el dios de la lluvia; ese mismo dios cuyo emblema era la cruz; contraste grande con el “Dejad que los niños vengan a mí,” del amante Salvador, y que nada tiene que ver con la idea de que la cruz del dios de la lluvia se derivó de la cruz de los cristianos.

No veo razón para suponer que las imágenes de El Salto son ídolos como creían los primeros españoles y como todavía creen los degenerados mestizos; más bien parecen representaciones de famosos caciques que llevaron a su tribu a la victoria y que cuando murieron, su pueblo agradecido celebró sus exequias entre lamentos y gemidos: construyó una pira funeraria, quemó el cuerpo, recogiendo cuidadosamente las cenizas, y las colocó en una urna cineraria finamente labrada y pintada, protegida dentro de otra urna más grande y tosca. Ambas fueron enterradas, a continuación, junto con piedras de moler y a veces con armas, vasijas y comida. Sobre la tumba se erigió un montículo de piedras y diestros artífices se dieron a la tarea de esculpir en roca dura y resistente la imagen del jefe cuya memoria reverenciaban. Debió tomar meses, quizás años, esculpir la estatua de traquita sin utensilios de hierro y uno se maravilla pensando en la dosis de paciencia y perseverancia requerida para trabajar cada detalle. Bajo ninguna presión trabajaron estos indios; antes y después compartieron por igual penas y fatigas por sus trabajos, inquebrantables ante la dureza del material y lo rudo de sus utensilios.

Al pensar sobre estas artes y sobre los restos de grandes y uni-

ficadas tribus, y al compararlos con las miserables chozas de los actuales nativos, sentimos cuán gran calamidad, en algunos aspectos, fue la invasión española en Centroamérica. Los mismos mestizos, de mentalidad cerrada, pasan la vida en sus chozas pajizas, cuidando unas pobres vacas y sacando queso de su leche. Quizá siembren una pequeña parcela de maíz, una vez al año, y cultiven unos pocos plátanos, satisfechos de vivir en la forma más elemental y del modo más rudo, que les permite entregarse sin remordimientos a la indolencia y a la pereza. De esta manera vegetan y van a la tumba, de modo que al paso de uno o dos años no queda indicio de donde reposan. Y aunque todavía se encuentran tumbas de los viejos indios, ya no existen montículos que marquen el lugar donde reposan los pobladores del valle desde la Conquista. Murieron como vivieron, sin pena ni gloria.

Los constructores de estos montículos y los escultores de las estatuas pertenecían a una raza diferente y superior. Se respetaban unos a los otros, reverenciando y obedeciendo a sus jefes; ladraban la tierra y aprovechaban sus frutos. De acuerdo con todos los historiadores de la Conquista, la región del Pacífico de Nicaragua tenía una población tan densa al arribo de los españoles que en gran parte se encontraba cultivada como un jardín; probablemente esta población era diez veces mayor que la presente. Otro punto que choca al observador es que no sólo la descendencia de españoles y de mestizos está mucho más abajo del nivel de los antiguos indios, sino que sus descendientes indígenas puros, que todavía forman grandes comunidades, están tan degenerados que resulta difícil creer que proceden de aquel pueblo que hace cuatrocientos años había avanzado tan lejos con su original civilización. Aún así, estos descendientes no se dejan llevar por la pereza como los mestizos, pues todavía labran el suelo, cultivan el maíz, cacao y muchas frutas: todavía fabrican alfarería, aunque muy inferior a la de sus antepasados; ya que han perdido su conducta tribal; no se ayudan mutuamente, no reconocen jefes, cada cual metido en sus propios asuntos, siendo un poco menos indolentes que los mestizos. Me

temo que estos indios no volverán a alcanzar aquel pináculo de civilización al cual arribaron sus antecesores antes de la Conquista. El incentivo que en aquel entonces los mantenía unidos—las continuas guerras entre las diferentes tribus—se ha esfumado. No siempre hay que considerar la guerra una calamidad: “existe siempre algo bueno entre las cosas malas.” Antes de la conquista española no podían existir pequeñas comunidades aisladas. Aquellas en las que existía un fuerte instinto tribal estaban asociadas, reverenciando y obedeciendo a sus jefes; y compitiendo en fuerza y agilidad, aniquilaban o subyugaban a las más débiles o a las razas menos aguerridas. Esta competencia entre las tribus acababa con los débiles e indolentes, conservando al fuerte y al emprendedor, así como entre muchos animales, de clases inferiores, el más fuerte termina con el más débil, resultando por tanto un mejoramiento de la raza y manteniéndose a cualquier precio el grado de excelencia tan justamente conquistado en tiempos más antiguos.

Desde la conquista española no ha habido un proceso de selección similar que opere entre los indios. El más perezoso puede conseguir comida suficiente, mientras el clima dispensa la superficialidad de la vestimenta. El ocioso e incapaz vive el término natural de sus años, y su descendencia aumenta más rápido que la del probo y del industrioso. La unión tribal no existe, el egoísmo y el instinto sensual se desarrollan y año tras año los indios degeneran.

Bates, al final de su admirable trabajo sobre la historia natural del Amazonas, especula sobre el futuro de la raza humana y piensa que en el ecuador alcanzará su más alta perfección. Los mismos pensamientos acudieron a mi mente al viajar a través de millas de sabanas fértiles en Centroamérica, donde el eterno verano y la pródiga tierra producen cosechas de granos y frutas todo el año y donde no es necesario “hacer cosquillas al terreno con un azadón para hacerlo reír con una cosecha.” Pero al pensar sobre las causas de la degeneración de españoles e indios, me inclino a pensar que en los climas donde el hombre tiene

que batallar contra la naturaleza para extraerle comida, que no la entrega como dádiva; donde es un trabajador y no un ocioso; donde los duros inviernos quebrantan al débil y robustecen al fuerte; allí solamente es donde la selección opera, haciendo avanzar a la raza humana y evitando que retroceda, en tiempos cuando Marte ha sido abolido y Vulcano entronizado.

Al destruir las antiguas monarquías de México y Centroamérica, los españoles infligieron un daño irreparable a la raza indígena, pues sea o no la república la forma ideal de gobierno (e indudablemente lo sería, si el hombre fuera perfecto), no es la más adecuada para comunidades salvajes o semicivilizadas, y estoy perfectamente de acuerdo con las verdades enunciadas por Darwin, cuando, escribiendo sobre los nativos de Tierra del Fuego, dijo que “la perfecta igualdad entre los individuos de las tribus fueguinas retardaría por largo tiempo su civilización. Y así como esos animales cuyos instintos los compelen a vivir en sociedad y a obedecer a un jefe son más capaces de mejorar, lo mismo sucede con las razas humanas. Tanto si lo miramos como causa o consecuencia, los más civilizados siempre tienen los gobiernos más convencionales. Por ejemplo los habitantes de Tahití, que estaban regidos por reyes dinásticos cuando fueron descubiertos, han llegado a un grado más elevado de civilización que la otra rama del mismo pueblo, los neozelandeses, quienes, aunque beneficiados por haber sido obligados a poner su atención en la agricultura, eran republicanos en su más absoluto sentido.”¹⁰⁴

Anocheía cuando abandonamos la planicie con sus estatuas quebradas y su colina empinada dominándola, y sobre la que quizás antes se celebraban ritos religiosos y ofrendaban sacrificios humanos. Esa gente está ya muerta y los escasos habitantes de una populosa provincia ni siquiera guardan su recuerdo. En Europa y Norteamérica se conoce más de ellos y se pone más

¹⁰⁴ *Naturalist's Voyage*, p 229

interés en descubrir cualquier pequeño vestigio que pueda recobrase de su oscuro pasado, que entre sus propios degenerados descendientes.

A medio camino a Juigalpa estaba una choza indígena junto a un pequeño claro hecho para plantar maíz. Los troncos cortados ofrecían un buen sitio a los escarabajos y, aprovechando la linterna que llevaba, me detuve a examinarlos mientras Velásquez se adelantaba para anticipar la cena. Corrían sobre estos troncos muchas especies de escarabajos nocturnos, sobre todo longicornios, que reposan escondidos durante el día. El mundo de la noche es muy diferente al mundo del día. Seres que parpadean y huyen de la luz, despiertan y se movilizan cuando el sol se hunde. Aparecen grandes arañas y alacranes, colocándose en posición ventajosa en espera del paso de la presa. Cucarachas de todos tamaños, desde el de un dedo hasta el de una uña, se paran con sus trémulas antenas, en actitud alerta, atentas a sus enemigos o se escurren veloces con ayuda de sus largas patas; pero si caen dentro del alcance de la araña gigante son pinchadas en un santiamén y un estirón convulsivo termina su desesperada agonía. Ciempiés, isópodos y toda clase de criaturas trepadoras surgen de los agujeros y grietas. Aún las charcas reviven con la presencia de escarabajos acuáticos, que han pasado todo el día escondidos entre el barro, excepto cuando salen rápidamente a la superficie por una burbuja de aire. Lanzan su extraño y misterioso canto los búhos y pocoyos y el tímido venado se desliza de su recóndito escondite para pastar en los herbosos claros. Jaguares, tigrillos y comadreas caminan cautelosos entre las sombras. El zorrillo anda a sus anchas, levantando su cola blanca como una bandera de advertencia, para que nadie se acerque dentro del radio de su nauseabunda artillería. Murciélagos y grandes papalotes aletean alrededor, mientras el mundo diurno descansa y duerme. La noche prosigue avanzando; las estrellas que se levantaron por el oriente van hundiéndose tras las colinas del occidente; una débil claridad de amanecer se enciende por el cielo de oriente mientras se oye la campanada despertadora

del canto alto y agudo del gallo. La gris aurora avanza rápidamente; unos cien pájaros saludan la alegre mañana y el mundo de la noche se refugia en sus oscuras madrigueras y escondites como los espíritus y los fantásticos duendes de nuestra niñez.

Ya era muy oscuro cuando regresé, salvo la luz de los relámpagos que de vez en cuando iluminaban el sendero; pero di rienda suelta a la mula que me llevó con toda seguridad a Juigalpa, donde me esperaba la cena. Me tomó hasta la medianoche despejar los pájaros que había cazado durante el día. Y como había estado en pie desde las seis de la mañana, estaba listo para acogerme bondadosamente al duro cuero de la cama.

X

JUIGALPA • UNA FAMILIA NICARAGÜENSE •
DESCRIPCIÓN DEL CAMINO ENTRE JUIGALPA Y SANTO DOMINGO •
ESCASEZ COMPARATIVA DE INSECTOS EN NICARAGUA EN 1872 •
PLANTAS COLECTORAS DE AGUA • TRAMPAS INSECTÍVORAS •
EL BORDE SUROESTE DE LA REGIÓN SELVÁTICA •
INFLUENCIA DEL CULTIVO SOBRE ESTE BORDE •
SAGACIDAD DE LA MULA



JUIGALPA ESTÁ ASENTADA en un sitio bellamente escogido, como se acostumbraba con los viejos pueblos indígenas. Se trata de un terreno seco y plano, a unos trescientos pies sobre el río. Una quebrada rocosa detrás del pueblo provee agua para beber y cocinar. En un extremo de la plaza, se levanta la iglesia y en los otros tres lados se ubican las casas de adobe y de tejas rojizas, y los establecimientos con pisos de terraplén o de bloques rojos. Las calles se prolongan en ángulo recto, a partir de la plaza y son cortadas de la misma forma por otras. Las mejores casas son las más próximas a la plaza, pues en las barriadas hay meras chozas pajizas con paredes entreabiertas de bambú.

La casa donde me hospedé era esquinera y desde ese ángulo, la vista se extendía hacia las cuatro direcciones, a lo largo de las calles planas. En cada sentido, la perspectiva estaba limitada por las colinas en el horizonte. Hacia el nordeste se levantaban los blancos riscos de Amerrique, entre un manto de verdes bosques. No se veía el campo intermedio sino, encuadrada por las aceras, una pequeña porción de la cordillera, que parecía al alcance de la mano, como un pedazo de empalizada artificial, o simulaba las paredes grises de un castillo, cubiertas de hiedra. La serranía al suroeste dista varias millas y la llaman San Migue-lito, en español; no averigüé su nombre indígena.

Mi hospedero era músico y su esposa atendía a los huéspedes. Como es costumbre, cierto número de parientes vivía con ellos, incluyendo la suegra y dos cuñados. Todos constituían un típico ejemplo de lo que es una familia, entre las que pueden considerarse de clase media, en Nicaragua. El señor de la casa toca en una banda ocasionalmente en bailes y fiestas, y mantiene una respetable posición en Juigalpa, donde la clase alta es dueña de tiendas y pulperías. El único trabajo lo hacen las mujeres, pues los hombres mantienen su dignidad descansando casi todo el día o columpiándose en una hamaca, hartos de pereza y con aspecto de descontento o infelicidad.

Uno de los cuñados me confesó que era carpintero y su hermano zapatero, pero que no había mucho que hacer en Juigalpa. Le sugería que fueran a La Libertad donde hay mucho trabajo, pero replicó que allí llovía mucho y que permanecerían en casa hasta que su cuñado se lo permitiera; lo cual era factible, porque como lo noté, los nicaragüenses pudientes se sienten orgullosos de tener a sus parientes cerca y dependiendo de ellos. De vez en cuando trabajan un poco; arrían las vacas o atienden a una que está enferma, pero dudo que alguno de ellos labore más de media hora diaria. Este tiempo es suficiente para pagar su alimento, que no cuesta mucho, pues consiste en frijoles con tortillas.

A tal grado han llegado los descendientes de los españoles, a lo largo y a lo ancho de esa tierra, que confiados en el verano

perenne y el suelo fértil, navegan en el mar de la abundancia, bañados por oleajes de indolencia, generación tras generación, y tan absortos en los soñolientos pliegues de la pereza, que no se atreven a romper sus sedosos grillos. No se puede comprar una verdura fresca, menos una fruta, en Juigalpa. Carne de res o de gallina, frijoles pardos, arroz y tortillas son su único sustento. Cuando México llegue a ser uno de los Estados Unidos, toda Centroamérica lo seguirá. Entonces los ferrocarriles bajarán desde el norte hacia los trópicos y un constante flujo migratorio cambiará el aspecto del país, que se colmará de haciendas y hortalizas, naranjales y plantaciones de café, caña de azúcar, cacao e índigo, pues no hay esperanzas de progreso con los actuales habitantes.

Habiendo terminado con nuestros asuntos en Juigalpa, nos aprestamos a partir temprano a la siguiente mañana. Velásquez daría la vuelta por Acoyapa, mientras Rito me acompañaría hasta las minas. Con una gallina cocinada la noche anterior, emprendimos el viaje, a las seis de la mañana. Aprovecharé para apuntar algunas observaciones que hice en el camino sobre sitios no alcanzados en el viaje inicial.

Después de dejar Juigalpa, descendimos al río por un sendero rocoso y muy pendiente; una vez cruzado pasamos por unas planicies que parecen de origen aluvial, cortadas por algunos lechos de ríos casi secos, que nacen en la base suroeste de Amerrique. A continuación ascendimos gradualmente la cordillera, que separa el distrito de Juigalpa del de La Libertad. El suelo era de grava y estaba seco, con pequeños montículos cubiertos por arbustos y matorrales. Después de subir unos mil pies, el terreno se torna más húmedo hasta que se llega a un rancho, junto a la cordillera, donde se cultivan chagüites y un poco de maíz. Mujeres indígenas, descubiertas hasta la cintura, como es la costumbre, molían maíz de la mañana a la noche, mientras los hombres reposaban por allí llenos de ocio. Algunos perros de aspecto sarnoso ladraron al acercarnos. Sobre uno de ellos montaba un mono. Cierta número de loras evidenciaba también la gran afición que los indios tienen

a domesticar animales. Es difícil encontrar una casa donde no exista un pájaro o una bestia, y las indígenas son expertas en domesticar pájaros: les prodigan constantes atenciones y ternuras, les dan bocados y los acarician.

Por todos lados teníamos un panorama magnífico; se veía el sendero que acabábamos de subir, sobre la falda de un ancho valle, limitado a la derecha por la cordillera de Amerrique y por la izquierda por redondos cerros cubiertos de zacate, entre los cuales pudimos distinguir la hacienda de ganado llamada La Puerta. Árboles en fila y espesuras de bambúes marcan el curso de numerosas quebradas, que se juntan en la parte inferior de la pendiente para formar los pequeños ríos que habíamos cruzado. Mirando hacia abajo, el valle se ensancha hasta una planicie sembrada de cerritos cónicos, de cumbres apuntadas, de esos que abundan en Centroamérica y que parecen haber servido de jalones para los indios, puesto que muchos de los antiguos caminos les pasan cerca. Más allá de la planicie, en la distancia gris, se ven las aguas del lago y los picos de Ometepe y Maderas.

A continuación trepamos por la falda de un barranco, donde el camino, más bien un senderito, pasa a través de una cortina de bambúes, por algo así como una milla; y como las cañas daban en las rodillas y formaban arcos muy ceñidos sobre nuestras cabezas, nos agachamos sobre el cuello de las mulas para poder pasar. Algunas partes del camino son peligrosamente empinadas y rocosas; pero la ruta se acorta por más de una legua si se sigue esta “picada,” en vez de ir por el camino principal que pasa por La Puerta; además de la oportunidad que ofrece de coleccionar coleópteros nuevos y curiosos, que se encuentran entre los matorrales. A menudo, cuando viajo, siempre cargo con una red, fijada a un corto soporte y cojo los insectos a lo largo de la ruta, capturándolos directamente de las hojas, sin necesidad de parar. Estos insectos eran tan abundantes que era raro que emprendiera una corta cabalgata sin por lo menos encontrar y añadir una nueva especie a mi colección. Sin embargo en este viaje, no capturé muchos insectos, pues por una u otra razón fue una temporada

muy desfavorable, tanto que la escasez de escarabajos era muy notoria.¹⁰⁵ Aunque la estación lluviosa se adelantó algo más de lo normal, creo que ésta no fue la causa de la mortandad de los insectos, pues en Juigalpa, donde casi no había llovido, se encontraban muy pocos en comparación con los dos años anteriores. El año pasado, con una estación bastante húmeda, los escarabajos especialmente longicornios, fueron abundantes e incluso el primer semestre de 1872 no se caracterizó por escasez. Algunos preciosos longicornios que aparecen en abril fueron numerosos. En dicho mes cogí no menos de cinco especímenes del *Deliathis nivea* (Bates), largo y bello, de color blanco, con manchas negras, una de las rarezas más grandes. Fue hasta finales de mayo cuando se evidenció la escasez de escarabajos. Parece que todas las clases de coleópteros sufrieron una reducción. Muchos delicados lamelicornios, que por lo general abundan, no se veían del todo, ni tampoco muchas especies de longicornios, normalmente abundantes. Una higuera que crecía en mi jardín y que fue dañada por el longicornio *Taeniotes scalaris*, en 1870 y 1871, quedó intacta en 1872.

Las mariposas también escaseaban, como en el último año. Además algunas hormigas fueron afectadas; mientras otras, como los zompopos, no disminuyeron en forma perceptible. Tanto una hormiguita, *Pheidole sp.*, que se agrupa en torno de las flores de la pasionaria, que cultivaba en casa, y chupa las glándulas nectíferas, como los insectos escamosos, desaparecieron, mientras otras especies, *Hypoclinea sp.*, que más bien es ahuyentada por aquella, vino a tomar su lugar. Una pequeña hormiga ponzoñosa, de color negro, *Selenopsis sp.*, una verdadera plaga en las casas era escasa por fortuna. A principios de junio murieron casi todas las hormigas blancas o termites (llamada comejenes por los nicaragüenses). En algunos rincones de la casa los cadáveres

¹⁰⁵ Es curioso que W.H. Hudson seleccionara el mismo verano de 1872-73 en las pampas de Suramérica, como un buen ejemplo de una de esas "ondas de vida," cuando se produce un repentino y excepcional incremento de varias formas de vida animal. Ver "*The Naturalist in La Plata*"

se acumulaban en pequeños montoncitos, como caídos de sus nidos en el techo; y la gran mayoría de las madrigueras estaban deshabitadas. Examiné los cadáveres con una lupa y no pude notar diferencias, excepto que parecían un poco hinchados.

No había duda de que alguna epidemia se enseñoreaba en los insectos; lo que resulta curioso es que afectara a tantas diferentes especies y clases. Tampoco estoy seguro de que tal epidemia se confinara a los insectos, pues también hubo gran mortandad entre las aves de corral, muchas de las cuales murieron de inflamación en el buche; dos loras grandes cayeron víctimas de la misma enfermedad. Sin embargo, no es seguro que la plaga que diezmó a las aves tuviera relación con la de los insectos. Recuerdo que en 1865 hubo una mortandad similar entre las avispas de Gales del Norte. En otoño del año anterior abundaban, produciendo mucha destrucción en los frutales. En la siguiente primavera, sin embargo, muchas de las avispas hembras que habían invernado, comenzaron a fabricar sus panales, al punto que vaticiné una plaga, aún mayor que la que nos había azotado el año anterior, pero de pronto apareció una epidemia que las mató a todas, antes de que terminaran sus nidos y para el otoño apenas se veía una sola. También me percaté, por las revistas de historia natural, que la escasez fue general en toda Inglaterra.

La mortandad de los insectos de Chontales, en 1872, tiene algún significado en el origen de las especies, pues es en la época de las grandes epidemias cuando se sospecha que desaparecen las gradaciones que conectan las formas extremas de una misma especie. Darwin ha demostrado cómo diferencias muy pequeñas, en el color de la piel y en el pelo, son muchas veces correlativas con la inmunidad para ciertas enfermedades, con la acción de ciertos venenos vegetales o con el ataque de ciertos parásitos.¹⁰⁶ Cualquier variedad de la especie del insecto que pueda resistir estas grandes y periódicas epidemias mejor que las otras, tendrá

¹⁰⁶ *Descent of Man*. VOL. I, p 242, y *Animals and Plants under Cultivation*. VOL. II, p.227-230. He tomado los ejemplos dados por el mismo autor

una gran ventaja sobre las que no están en condición de resistir, sobreviviendo las primeras y extinguiéndose las segundas.

Cuando dos especies del mismo género—caso de muchos insectos—se diferencian por poco (aunque sí lo suficiente para clasificarlas como distintas), nos preguntamos por qué no existen entre ellas las formas intermedias que gradualmente las conectan, siendo que descienden de un antecesor común. Sólo hay una respuesta: desconocemos qué caracteres son esenciales a la supervivencia de cada especie. No sabemos, por ejemplo, por qué los “terriers” blancos son más sensibles al ataque del moquillo que los perros de pelaje más oscuro; por qué los duraznos de pulpa amarilla sufren en América más enfermedades que los de pulpa blanca; por qué los pollos de plumaje blanco son más propensos a la morriña; y por qué el gusano de seda de pupa blanca no es atacado por los hongos, como el de pupa amarilla. En todos estos casos, así como en muchos otros, se ha demostrado que la inmunidad a las enfermedades tiene relación con alguna leve diferencia de color o de estatura, sin que sepamos nada de la causa de dicha inmunidad.

Al fin llegamos a la cresta de la cordillera, a unos tres mil pies poco más o menos, sobre el nivel del mar, y entramos al distrito de La Libertad. Colinas redondas y pantanosas, cubiertas por zacate, juncos y arbustos achaparrados, reemplazan allí al suelo seco, de grava, que caracteriza al distrito de Juigalpa. Los arbustos se encuentran recargados por las epifitas que cuelgan de sus troncos y ramas. Muchas de éstas son *Tillandsias*, que se posan en las ramitas como los pájaros. Sus hojas envainadoras retienen en su base cierta cantidad de agua, de mucha utilidad en la estación seca. Los insectos se ahogan en estos pocitos aéreos y las plantas extraen más de algún nutriente de sus cuerpos en descomposición; pero la principal función de estas hojas es mantener un suplemento de humedad, ya que sus raíces no cuelgan hasta el suelo, como las de otras epifitas tropicales, ni poseen bulbos como las orquídeas. Algunas plantas que encierran agua en sus receptáculos foliosos son simplemente entrapa-

doras de insectos; la gran mayoría crece en ciénagas, donde la humedad es permanente y constante. Ejemplos son la taza-india, *Sarracenia*, que florece en las ciénagas del Canadá, y la planta-cántaro de California, *Darlingtonia californica*, que también brota en ciénagas, y que es tan excelente atrapamoscas que presenta una capa de dos a cinco pulgadas de grueso, de insectos descompuestos, en el fondo del receptáculo.¹⁰⁷

Las diferentes especies de *Drosera*, o rocíos del sol, poseen un aparato diferente para coger insectos y se encuentran también en las ciénagas, que parece el ambiente preferido por todas aquellas plantas que no pueden nutrirse de la vegetación podrida sobre la que crecen. Descomponiendo los insectos atrapados, es probable que obtengan las sales de potasio que necesitan.

No noté ninguna disposición especial para atrapar insectos entre las hojas de las bromelias, que crecen como epifitas en Chontales, aunque descubrí muchos de ellos ahogados en el fondo de las hojas envainadoras, pues es posible que cualquier insecto que se acerque a beber en el reservorio, sufra un resbalón hacia el agua, por lo vertical de las hojas, y se ahogue. Incluso puede ser que los pocos minerales que la planta requiere para crecer, y que es incapaz de obtener directamente del suelo, sean aportados por los cadáveres de los insectos, que en forma accidental se ahogan en los receptáculos de agua; pero la función principal de las hojas envainadoras es reservar el agua para resistir la estación seca.

El camino continúa sobre las húmedas colinas zacatosas del distrito de La Libertad, apartándose de la cordillera de Amerrique por la derecha. A unas tres millas se observa la sinuosa línea que marca el comienzo de la gran selva de la vertiente atlántica. Sólo se nota una orla de oscuro follaje en el horizonte, puesto que las partes más altas se amparan tras el sombrío lienzo de las espesas neblinas, que nunca se disipan, sino que parecen esconder

¹⁰⁷ Ver *Nature*, vol. III, p 159 y 167

tras ellas una región lóbrega y misteriosa. Aunque he cabalgado muchas veces por el corazón de estas montañas, admirando la belleza de la vegetación y la abundante vida animal, la visión de esta barrera plumosa de neblinas, posada sobre las copas de los árboles, mientras las sabanas están bañadas por la luz del sol, levantaba en mi mente vagas intuiciones de lo desconocido e insondable. El camino iba paralelo a estas sombrías selvas, acercándoseles gradualmente. El límite que las separa de las sabanas zacatosas es sinuoso e irregular. En algunas partes avanza sobre la sabana un oscuro promontorio de árboles, mientras que en otras, verdes colinas zacatosas quedan casi rodeadas por la selva. Recién llegado al país, traté de explicarme por qué la selva termina de tan abrupto modo como se presenta, sin que justifique tal situación un cambio en la naturaleza del suelo o de la roca del subsuelo. No podía ser por falta de humedad, pues en los alrededores de La Libertad llueve por lo menos seis meses al año.

La topografía de la selva no es plana sino que, al igual que la de la sabana, consiste de lomas y hondonadas. Todas estas condiciones juntas parecen ser las mismas para ambas, por lo cual era difícil concebir por qué la selva termina en una línea irregular, aunque definida, precisamente allí donde comienza la sabana zacatosa. Después de observar las transformaciones que la región experimentó en los cuatro años y medio que duró mi estadía en esos lugares, llegué a la conclusión de que la selva se extendía antes mucho más lejos, hacia el Pacífico y que ha sido obligada a retroceder por la acción del hombre. Los antiguos indios de Nicaragua eran un pueblo agricultor, que tenía el maíz como su principal cultivo, como lo es en la actualidad. En todas las tumbas antiguas se encuentran piedras de moler como utensilios indispensables. Ellos cortaron el bosque a trechos, quemándolo para plantar maíz, como hoy lo hacen a lo largo del borde de la actual selva.

La primera vez que se tala la selva, para cultivar el terreno éste contiene las semillas de los árboles del bosque, que después de

que el maíz ha sido cosechado, germinan y reconquistan la posesión del suelo; de modo que al cabo de unos veinte años, si tal sitio se respeta, regenera un bosque muy poco diferente del bosque virgen de los alrededores. Pero si tal perturbación sigue, cortando por dos o tres años más, ocurre un gran cambio. En efecto, el suelo ya no contiene la semilla de los árboles selváticos, sino la de una gran variedad de arbustos de aspecto matorraloso, que germinan donde el terreno ha sido continuamente cultivado. El zacate también comienza a apoderarse del terreno; y allí se queda, pues los indios, y mestizos no cultivan el maíz donde se establece el zacate, pues son muy indolentes para rozarlo.

Sin embargo, sucede a menudo que la maleza se corta y quema, cultivándose el maíz varias estaciones, antes de que el zacate adquiriera tal proporción que haga al agricultor desistir de su propósito de seguir plantando el grano. Entonces la verdadera competencia se entabla entre el zacate y las malezas. Aún más, los zomposos acuden en ayuda del zacate, al que no tocan excepto en las partes por donde abren sus surcos. Tampoco visitan la espesa selva, tal vez porque el sombreado mantiene demasiada humedad para los hongos que cultivan; pero al borde de la floresta y al lado de los caminos que la cruzan y donde penetra la luz solar, así como también en los claros, estas hormigas abundan. Prefieren las hojas de los arbustos recientes, que destruyen en gran cantidad. Aunque las malezas prevalecieran y cubrieran el suelo, no tardaría el indio o el mestizo en volver a cortarlas para sembrar maíz. Al rozar los viejos claros, del zacate que los cubre encerrado entre los límites de la selva, el indio prosigue la limpia, obligando al bosque a retraerse, siempre hacia el noreste. Como este proceso ha venido operando desde hace miles de años, me parece que el actual borde de la selva se encuentra varias millas hacia el Atlántico, a partir del lugar de donde arrancaba originalmente.

De esta misma manera muchas hectáreas en las vecindades de El Pital fueron robadas a la selva y agregadas a los pastizales durante los años que estuve en el país. El campo de malezas no es tan productivo como la selva virgen, pero tiene la ventaja de que está más cerca de las chozas de los cultivadores que habitan la sabana; de modo que cuando estas malezas se establecen en un área grande y se llenan de zacates, no queda otra alternativa que cortarlas y quemarlas, lo que también impide que la selva recobre sus posesiones sobre el área disputada. No sé qué pasaría si el hombre no interviniera; pero sospecho que la selva recobraría poco a poco el terreno perdido hace largas centurias. El espeso tacotal que siempre brota en el borde de la selva, y que consiste de muchos arbustos inmunes a los zompopos, se extendería gradualmente, desalojando el zacate. Bajo su sombra y protección, germinarían las semillas de los árboles de la selva, y así, poco a poco, pulgada por pulgada, la selva recobraría su perdido territorio y extendería sus límites hacia el suroeste, hasta alcanzar sus antiguos confines, donde, por un cambio en el carácter físico del suelo o en la cantidad de humedad precipitada, detendría cualquier avance adicional. Pero lo más posible es que el hombre, que nunca desaparecerá de la escena, la haga retroceder aún más hacia el Atlántico.

Después de pasar por las tumbas indígenas, a una legua de La Libertad, doblamos a la derecha por un sendero que va recto al río Mico, evadiendo el pueblo. Después de cruzar varias colinas redondas y zacatosas, llegamos al río, que estaba lleno por las recientes lluvias, pero pasable. Algunas veces los viajeros quedan detenidos por varios días, sin poder cruzarlo; yo siempre tuve la suerte de vadearlo en buen tiempo, cuando regresaba a las minas. De vez en cuando los viajeros se ahogan al intentar cruzarlo en época de crecida, pero estos accidentes son raros, pues existen unas rocas indicativas, que desaparecen bajo el agua cuando el río es impasable. Si la corriente lo arrastra, el desdichado tiene pocas posibilidades de salir vivo, pues algo más abajo del cruce del río se presentan raudales y las riberas son muy precipitosas.

Supe de un hombre que se libró por poco de la muerte. Intentó cruzar a lomo de mula, pero la bestia resbaló, cayó y lo arrastró la corriente. El pobre hombre iba directo a los raudales y se habría ahogado, de no ser por un vaquero que estaba a la orilla del río, quien lanzó su lazo acertadamente sobre el viajero desesperado, rescatándolo y sacándolo a la ribera.

Algunos de los “vaqueros,” como los llaman, son magníficamente diestros con el lazo; cabalgando a gran velocidad lo lanzan sobre los cuernos del ganado, o sobre la cabeza de los caballos, y pueden parar en seco al más fuerte si lo hacen de soslayo. Sin embargo he visto algunos toros viejos que saben cómo zafarse; corren delante del vaquero, en sitios donde éste no puede rodearlos y rompen la soga o se la arrancan de las manos con un violento tirón. Sin embargo, no hay caballos ni mulas que puedan hacer esto; y es muy poco el ganado que sabe cómo hacerlo, según me dijeron los vaqueros.

Después de cruzar el río llegamos a El Pital, donde conseguí una mula descansada y obtuve una taza de té. Doblamos en ángulo recto en relación con el camino que traíamos y nos internamos en la selva, sobre el camino que ya he descrito. Estaba muy húmedo y mojado; en algunos lugares la mula se atolló arriba de la rodilla, aunque sólo era el comienzo de la estación lluviosa. En esta ocasión, como en muchas otras, noté lo bien que la mula recuerda los sitios malos que en pasados años solía evadir, desviándose ligeramente. Cabalgaba sobre una mula de buen paso, que se había recobrado hacía poco del piquetazo de una araña, que le había hecho perder uno de los cascos. Al llegar al lugar donde el pegajoso lodo la obligaba a desviarse sobre unas rocas, se detuvo, mirando primero al lodo y después a las piedras; es seguro que reflexionando sobre el camino a seguir y tratando de elegir el menos malo. Otra vez llegamos a un sitio impassable, transitable sólo por una senda que corría al lado. Le solté las riendas y parecía desconcertada ante cuál camino tomar, pues tan malo era el uno como el otro; al final se atolló en el peor. En esto se parecía al hombre que, indeciso entre dos

caminos, toma el de en medio que resulta el más malo. Y así como en el hombre, hay en la mula una variedad de capacidades y habilidades: algunas son dóciles, otras más obstinadas y testarudas; éstas, sabias y prudentes, aquellas, tontas y temerarias. La memoria de sitios es mejor en los caballos y en las mulas que en el hombre. No yerran cuando caminan por senderos que han recorrido una sola vez y quizás años antes, en la oscuridad, y por donde había numerosas vueltas y revueltas. A menudo, en la noche, cuando no podía ver el camino, aflojábale las riendas para que me llevara seguro a mi destino. Únicamente en una ocasión se equivocó a pesar de su buena memoria. Hace algunos años la llevaba a un pastizal donde crecía buen zacate, y habiendo recolectado las gavillas, me condujo por varias millas fuera de la ruta, en busca de su acostumbrado lugar de pastoreo, sorprendiéndome la noche en consecuencia.

Llegué a las minas a las nueve de la noche y descubrí que durante mi ausencia había llovido casi sin cesar, aunque en Juigalpa apenas había habido amagos de lluvia.